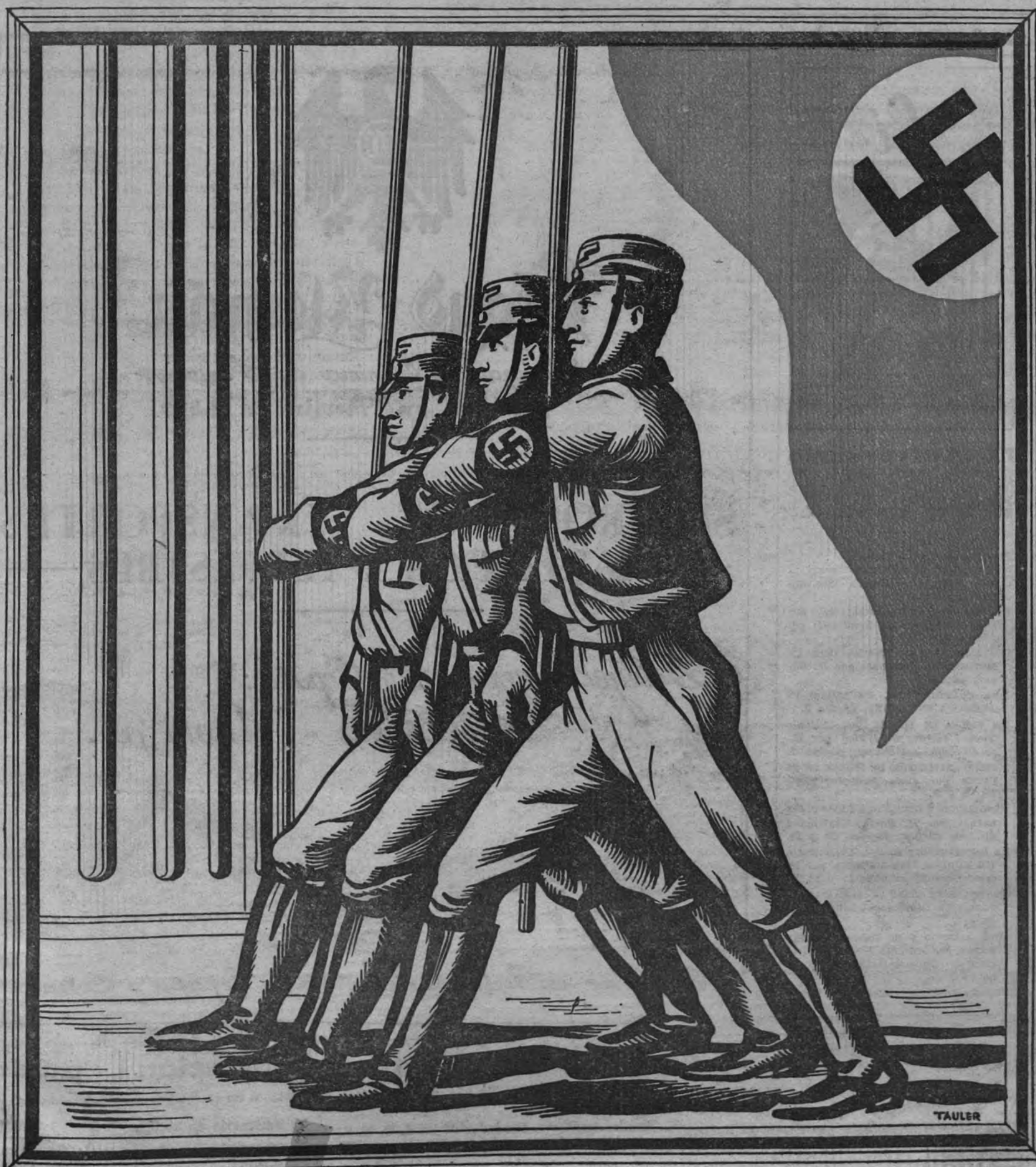


SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA



illas
es mejor
las que
entimen
desarra
de qu
el cam
las sab
sus con
o la gran
ha.
los as
mo de la
etario de
muel Val
gor.
onrades y
to de
a el
le
ción
religiosa
de los
a 24.—El
ción, dos
añado de
ha llega
dente de
la pr
el alcalde
obrador
del Mov
ra aquar
en piec
oso, rec
al señor
del Regi
la base
cada en
El mi
cam
a la
ke
de Wale
as, se ha
thorisch
in Pájar
losas. Lo
Pearle y
s nombre
las Alu
la Piet.
eera for
una gra
iver
al
de las
rue jam
mostró
osa volun
encia. Un
ofrece la
principa
oldavia y
el pris
to.
profunda
un pue
isto 1853,
príncipe
24 de ene
la Molda
do con la
rior, los
cientos a
nea. Y la
voluntad
n de Ro
a la que
erra, que
tica ant
s con la
de Nap
reconor
el 11 de
te millo
el bloq
Europa
barcera
ción con
epas.

ici
e c
Rev
Fa
arc
a
scu
elenti
aqui
idad
otros
nente
inqu
Dio
s pali
dición
r al
un se
y li
a, po
e libe
ha ti
mona
Ejé
den
el p
y dis
de l
ción
irs
idos
pres
ian
clu
de
más
ito :
Pati
ao
a, e
sol
os p
ren
los
o; p
ente
oml
infe
s hi
qu
la
obr
a la
tuli
s a
l as
de
los
rric
su
tra
que
am
ha
and
es
y ci
ens
to
o a
lon
ir:
er
ren
ble
o
s
da
los
vu
n
ger
to
ue
añ
ha
t
lo
ec
co
di
e
ar
or
i
an
po
e
oi
fig
re
re
sa
il
fi



MOTOCICLETAS D. K. W.

La fábrica de motocicletas mayor del mundo

AUTOMOVILES AUTO-UNION,

D. K. W., WANDERER, AUDI, HORCH

Talleres oficiales: Avenida José Antonio, número 18

— CHAMARTIN DE LA ROSA —



Talleres de carrocerías oficiales

Distribuidor general en España

Suc. de Labourdette

"Finanzauto", S. A.

Miguel Angel, número 33

Plaza de las Cortes, 8

Agencia de viajes NORDLLOYD

Pasajes marítimos - Aviación

Billetes ferroviarios - Seguros



Para informes gratuitos dirigirse a

LLOYD NORTE ALEMAN

CARRERA DE SAN JERONIMO, 33

TELEFONO 13515

Año I - Madrid, 25 de enero de 1942 - Núm. 4



IX Aniversario de Hitler, Canciller

PORTADA de Carlos Tauler.

NUEVE AÑOS DE GOBIERNO NACIONAL-SOCIALISTA, por Ramón Serrano Súñer; página 3.

EL SOLDADO NACIONALSOCIALISTA, por Felipe Jiménez de Sandoval; página 4.

LOS ALEMANES EN ESPAÑA ANTE EL MOVIMIENTO NACIONAL, por R. Bayer; página 5.

UNA CUARTILLA DEL EMBAJADOR DE ALEMANIA EN ESPAÑA, página 5.

LA FIGURA DE HITLER, por Antonio Tovar; retrato de Hitler, por Ricardo Summers Serny; página 7.

NOVENO ANIVERSARIO DE HITLER EN EL PODER, por Juan Beneyto; páginas 8 y 9.

REVOLUCIÓN GERMÁNICA-REVOLUCIÓN LATINA, por H. Barth; ilustración de Luis Alegre; páginas 10 y 14.

LA REVOLUCIÓN ALEMANA. UN PUEBLO. UN FUHRER. UNA DOCTRINA, por Ismael Herráiz; páginas 11 y 12.

CONVICCIONES SOBRE LA ALEMANIA ACTUAL, por Giménez Caballero; página 13.

JOSÉ ANTONIO Y EL MOVIMIENTO EUROPEO, por Antonio Riaño; ilustración de Gabriel Gutiérrez; página 16.

FOTOS, de Gerardo Contreras.



Lloyd Alemán

Compañía Anónima de Seguros
fundada en Berlín en 1870

SEGUROS DE TRANSPORTES — MARITIMOS Y TERRESTRES —

Delegación general para España:

MADRID = Alcalá 70.

Agencias en todas las puertos de España y Colonias

Ultimas ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular

José Antonio ante la justicia roja, por Francisco Bravo.

La Infantería española, por Ernesto Giménez Caballero.

La misión africana de España, por J. Cordero Torres.

Ramiro Ledesma, fundador de las J. O. N. S.

Los tres dogmas nacionales, de Vázquez Mella.

Cartas a un cacique, por Bartolomé Soler.

La masonería en acción.

Roma española.

Nueve años de gobierno nacionalsocialista

Por RAMON SERRANO SUÑER

EN nueve años de gobierno nacionalsocialista, Alemania ha logrado ascender de su posición de derrotada en la Europa de Versalles —la de la Constitución democrática de Weimar— al rango indiscutible de primera potencia continental por el esfuerzo de su Ejército, su Marina, su Aviación, su técnica, su organización del trabajo, su vitalidad económica y—lo que es más importante—su absoluta seguridad en la unidad política de sus hombres y sus tierras en el servicio de los más altos ideales nacionales.

Esa ascensión constante que ha transformado a la Alemania vencida de 1932 en la Gran Alemania vencedora de 1942 es obra del mejor espíritu del Pueblo alemán, encuadrado en la férrea y consciente disciplina de un Partido que lleva los apelativos revolucionarios de nacional, socialista, obrero y alemán.

Uno a uno, en cada minuto de los nueve años transcurridos desde la toma del Poder, el Partido ha ido cumpliendo los objetivos finales para los que lanzara sus consignas en los momentos de los días iniciales. Ha devuelto la fe a un pueblo desalentado; las armas y las banderas



victoriosas a un Ejército inerte por una paz odiosa; las herramientas y el pan a los trabajadores de la ciudad y del cam-

po; la unidad al pueblo germánico, y, con todo ello, la continuidad rota por el Tratado de Versalles. En nueve años el Partido —venciendo primero a los enemigos de dentro y después a los de fuera— ha marchado por el camino trazado desde su fundación, bajo la dirección inteligente y resuelta de su Führer. Sin perder la forma y el ritmo, sin titubeos, con la claridad y la lógica que alivian el cansancio de la lucha y el esfuerzo, con fidelidad al sacrificio de los mejores, el Partido Nacionalsocialista ha cumplido su misión esencialmente alemana y la ha rebasado, a mediados de 1941, al emprender la obra europea—universal—de dar la batalla al bolchevismo —enemigo de todos— en su propia guarida.

Todos los pueblos oprimidos por las democracias victoriosas en Versalles o amenazados por el comunismo han abierto su mano a las intrépidas vanguardias alemanas y forman junto con ellas, en un gigantesco frente de guerra, en el que la Victoria será para los mejores. Y la Historia—que no se hace con frases de propaganda ni con perfidias, sino con hechos ciertos y obras positivas—dirá un día su gratitud a estos hombres.



EL SOLDADO NACIONAL SOCIALISTA

Por FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

La suerte me deparó en mayo de 1940 la ocasión de presenciar desde Bruselas lo que en la historia de la guerra actual se llama ya "la batalla de Flandes". Batalla de la que, naturalmente, yo no podría hablar en su aspecto militar, pero de la que no puedo olvidar una enseñanza política de extraordinaria importancia. No se me ocurrirá mencionar la táctica y estrategia del Ejército alemán frente a los aliados anglofrancobélgas; la rotura de las líneas defensivas de Bélgica, ni la sorpresa producida por los primeros grupos actuantes de fuerzas paracaidistas. Pero sí he de comentar algo que, sin ser táctica, ni estrategia, ni faena militar, diferenciaba profundamente al soldado alemán de los soldados belgas, franceses e ingleses, a quienes en el espacio de ocho días se vió pasar por Bruselas entre canciones optimistas camino del canal Albert y regresar hacia Dunquerque con el cansancio y el derrumbe moral de la derrota. Ese algo era, sencillamente, la disciplina. Disciplina que si existía en los Ejércitos democráticos—lo que es dudoso—, era puramente obligatoria, forzada y aceptada a regañadientes por soldados contaminados de todas las malas ideas del mundo. Por soldados católicos, protestantes, judíos, comunistas o liberales, disidentes, malhumorados y rebeldes. En cambio, la disciplina del soldado alemán no era sólo la disciplina de hierro impuesta por la Ordenanza. Era la disciplina de la fe en el destino del pueblo al que se sirve, inculcada en lo más profundo del espíritu desde la milicia juvenil, en la que todos esos soldados habían aprendido su deber militar y civil antes de entrar en el cuartel, antes de sentir el orgullo de vestir el uniforme de soldado.

Por esta razón el Ejército alemán que ocupó Bélgica fué un modelo de civilidad, sin perder en ningún momento su línea enormemente militar. Mientras algunos regimientos de los Ejércitos vencidos se dedicaban en la huida a acciones de pillaje totalmente ajenas al espíritu militar, las unidades vencedoras supieron impresionar al pueblo belga con su actitud respetuosa después de la victoria. Ni un solo grito de mal tono, ni un solo ademán jactancioso, ni una sola incorrección cometieron aquellos soldados, para

quienes la victoria no era una embriaguez, sino el resultado de un esfuerzo común de su armamento militar y de su fuerza dialéctica y moral, impuesta por el Partido.

Siguiendo los pasos victoriosos de los hombres en armas, los hombres del Partido encuadrados en la disciplina del trabajo comenzaron una labor de reconstrucción en todo el territorio destruido por la trilita de la victoria y por la dinamita de la derrota. Las milicias del Partido de la llamada organización

"Totd"—centurias de trabajadores con aire de soldado—descombraron los caminos y las ciudades, recuperaron y clasificaron todo el inmenso material abandonado en la huida y dejaron perfectamente transitables para la guerra que seguía y para la paz que comenzaba, todos los caminos que habían sido escenario de la batalla.

El soldado alemán fué en aquella ocasión un modelo admirable de todas las cualidades militares y civiles. El más heroico combatiente, con su pecho decorado por las Cruces de Hierro de la victoria, detenía su tanque en los caminos por donde el pueblo belga recorrió el calvario alocado de la huida para recoger en su máquina de guerra a los niños y mujeres con los pies llagados y el corazón enloquecido de pánico. Millares y millares de familias que habían abandonado sus hogares atemorizadas por la propaganda antialemán regresaban a sus casas en los camiones del Ejército triunfador para el que lo humanitario no se oponía a lo heroico. No en balde estos soldados que llevaban la victoria en la punta de sus bayonetas sabían que su misión de Ejército de un orden nuevo no terminaría con el final de la batalla, sino que sería entonces cuando tendría que aplicar su doctrina política, por antimarxista y antiliberal, respetuosa verdaderamente con los derechos humanos a la vida, al trabajo, a la salud y a la alegría. Frente al concepto militar de las viejas democracias que se hundían triunfaba en los campos y ciudades de Bélgica el concepto totalitario del Ejército de una revolución nacional que no puede limitarse a la simple victoria estratégica y tiene que buscar para el futuro la victoria moral más eficaz y más permanente.



Al entrar en el grandioso edificio donde reside la administración de la Casa BAYER en Alemania, observo una plástica que representa al médico como auxiliar de los enfermos. Me pareció ver el símbolo de la lucha incansable que sostiene BAYER contra los enemigos más alevosos de la humanidad, las enfermedades en sus múltiples formas y aspectos. No existe problema más grave ni tan profundo, ni tan lleno de responsabilidad que éste que afecta a la salud, y siempre a mi paso por las inmensas instalaciones de BAYER me acompaña un aire de profunda gravedad que envuelve la labor que en ella se realiza. En los grandes edificios industriales se fabrica cuanto los hombres de ciencia inventan o hallan en los modernos laboratorios a fuerza de incansables estudios y experimentos. De las fórmulas encontradas, se deriva una vez concluidos todos los exámenes, la fabricación en gran escala de los diferentes preparados. Sería imposible consignar aquí todo cuanto pude ver en las semanas que requiere una visita a todos los sectores de la inmensa empresa.

Luego la organización que abre el camino a todos los importantes descubrimientos. La organización mundial de BAYER, estudiada hasta en sus más pequeñas ramificaciones, dispone en todos los países del mundo, y en España en La Química Comercial y Farmacéutica, S. A. de un conjunto de colaboradores científicos, médicos, odontólogos, farmacéuticos y químicos, que allanan el camino a los célebres medicamentos BAYER. Con el fin de preparados de probado eficacia lucha BAYER en



primero una contra enfermedades y dolores. En los amplios almacenes observo nombres mundialmente conocidos como: SALVARSAN, GERMANIN, ATEBRINA, PLASMOQUINA, CAMPOLON, PRONTOSIL, y no en último lugar ASPIRINA y CAFEASPIRINA. Todos los envases llevan la cruz BAYER como distintivo y garantía que responde de que cada producto, no es sino la última consecuencia de una acabada serie de experimentos científicos, en forma de fabricación exacta.

Todo ello respaldado y apoyado por el conjunto de hombres que trabajan, cuyos cerebros y manos producen en perfecta armonía y aquellos en quienes recae, todo la responsabilidad, pueden asumir, solamente porque pueden confiar en el sentido de responsabilidad de cada uno de los productores. Y todos trabajan con fe y alegría, porque todos tienen asegurado el trabajo y con ello el pan de sus hijos. Al visitar las viviendas de los trabajadores, los bellos y amplios comedores comunes, la clínica, y muchos otros institutos de la empresa, pude apreciar el acierto con que se enfocan los problemas sociales. Sólo comprendido del concepto "común esfuerzo" pudo conducir y elevar a tal altura su obra, el conjunto de hombres de ciencia, técnicos y comerciantes.

Uno de mis acompañantes me explica: Adolfo Hitler hizo del hombre, centro y eje de las empresas. La unidad de productores y la unidad de familia, son los fuertes pilares de la unidad nacional creada por su Fuehrer. Termina mi amigo la conversación diciendo: "Por lo mismo que las necesidades de la humanidad determinan la producción de BAYER, ésta no sería nada sin los hombres que en ella trabajan".

M. E.

Los alemanes en España ante el Movimiento Nacional

Por R. BAYER

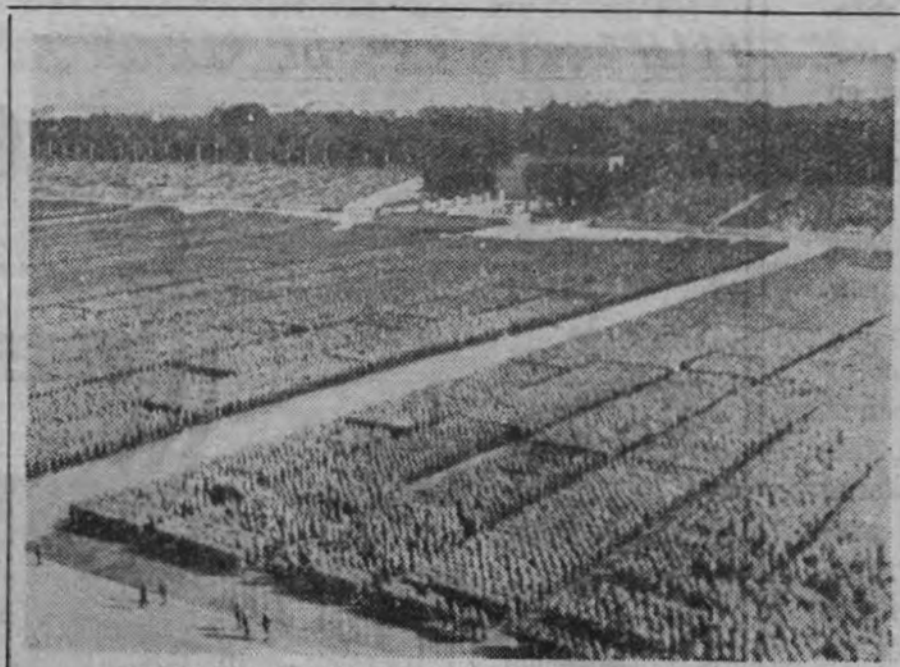
LA subida al Poder del Partido Nacionalsocialista alemán, que tuvo lugar en Berlín el 30 de enero de 1933, hay que diferenciarla fundamentalmente de la total conquista del pueblo alemán por el nacionalsocialismo. A la subida al Poder había precedido una lucha de catorce años en el interior, en la que participó un elevado porcentaje del pueblo alemán. La total conquista del pueblo fue lograda, sin embargo, por la obra del nacionalsocialismo después de la conquista del Poder.

Es natural que este proceso desarrollado en Alemania se haya cumplido con otras formas y circunstancias entre los alemanes que vivían en el extranjero. Entre los alemanes residentes en España fue la guerra civil española, en cuyas vicisitudes participaron, la que les forjó su espíritu de comunidad nacionalsocialista.

Cuando en 1932 se crearon las premisas organizadoras para concentrar a los alemanes en una Sección del Partido que abarcaba a todos los domiciliados en España, estaban éstos compuestos de tres diferentes grupos: Primero, los antiguos residentes y arraigados en España. Estos, en su mayor parte, habían llegado al país a comienzos de siglo. Pertenecían a esa buena y antigua especie de emigrantes alemanes, con todas sus virtudes y defectos. Gozaban de prestigio, y muchos de ellos se conquistaron, en el curso de decenios, relevante posición social. El segundo grupo estaba integrado por los alemanes procedentes del Kamerun. Combatieron allí contra los ingleses fueron empujados hasta la colonia española del Muni, y allí desarmados con todos los honores. El Gobierno de España les concedió asilo en la Península y el pueblo español les tributó una acogida que corresponde al concepto del honor y de la tradición guerrera española. Estos alemanes, que al final de la guerra, en su mayor parte, abandonaron el país, dejaron una herencia moral inolvidable a la colonia alemana de España. Su destino trágico, pero heroico, se ha convertido en una parte integrante de la comunidad alemana en España. Finalmente, el tercer grupo, que pasó a ser el elemento activo de la organización del Partido, creada en 1932, se componía de jóvenes alemanes que en su mayor parte habían abandonado el país por motivos de malestar político, porque, en efecto, a menudo fueron éstas las causas, y no consideraciones económicas, las que les decidían a alejarse de su país. Cuando llegaron a Madrid o Barcelona y se encontraban con la antigua colonia, se les consideraba, por de pronto, como elemento extraño, como novatos. Sin embargo, estos alemanes han sido los portadores de la nueva ideología alemana.

En tal situación, el 18 de julio de 1936 estalló la guerra civil española. Entonces sonó la hora decisiva para Europa, que sólo muy pocos supieron reconocer.

Fue una hora decisiva para España, y fue un giro decisivo para los alemanes en España. El Füh-



Concentración del Partido Nacionalsocialista en Nuremberg

rer se decidió en pro del Alzamiento Nacional y del entonces general Franco. Pero esto no pudo ser dado a conocer a todos los compatriotas que estaban en España. Era el instinto político el que tenía la palabra, y esto vino a demostrar hasta qué punto se puede confiar en un determinado grupo de alemanes, cuando entre ellos hay resueltos nacionalsocialistas que intervienen en el momento dado. De todas las células de la organización del Partido se destacaron "pequeños colaboradores". Mientras las hordas rojas, gritando y disparando,

dominaban las calles de Madrid y Barcelona, estos hombres del Partido Nacionalsocialista recorrían las ciudades, cuidando de la evacuación de sus compatriotas. En muchas ocasiones fueron detenidos y amenazados con la muerte, pero siempre lograron sus propósitos. El resultado de su labor fue la evacuación total de los alemanes de la zona roja, lo cual no se logró sin sacrificio de sangre. Seis hombres hubieron de pagar con su vida su patriotismo. Sus nombres son: Hans Hahner, Helmuth Hofmeister, Wilhelm Gaetje, Guenther

Swalmius, Thomas Treiz y Heinz Voss.

En este tiempo se operó un cambio radical que transfiguró completamente el carácter de la colonia alemana. La labor abnegada de los jefes políticos del Partido en esta tempestad de los primeros días de la revolución, no sólo sentó las bases para el espíritu de comunidad que anima hoy al grupo territorial de España, sino también para la misión rectora que hoy día ejerce el Partido sobre los alemanes de España. Además, como consecuencia de los acontecimientos, fueron renovados y reforzados los lazos hacia la Patria de numerosos camaradas, que ya desde hace decenios se encontraban en España. Las atenciones, únicas en su clase, de que fueron objeto por parte de las autoridades a su regreso al Reich, fue para ellos el mayor acontecimiento de su vida. Por último, la evacuación de los alemanes de la zona roja, que en todos los casos se llevó a cabo con renuncia a los bienes adquiridos y a la labor de toda su existencia, revistió la importancia de un acto político.

El Gobierno español sabe hoy bajo qué circunstancias se agruparon aquí los alemanes en torno a la causa nacional española, y, por lo tanto, conceden a la organización del Partido en España el reconocimiento oficial, además del reconocimiento amistoso que tributa el pueblo español espontáneamente a todo camarada alemán.

Una cuartilla del embajador de Alemania en España

CON sumo placer correspondo a los deseos manifestados por ARRIBA, contribuyendo con algunas palabras al número especial de su suplemento, SI, dedicado al 30 de enero, fecha en que se conmemora la subida al Poder del Partido Nacionalsocialista. Estoy convencido de que SI contribuirá, con esta publicación, a la comprensión en España de los ideales alemanes, tal como, desde el día de su aparición, lo viene haciendo en forma admirable ARRIBA, por lo que respecta a la recíproca inteligencia entre los pueblos español y alemán.

La misión de la Alemania nacionalsocialista, bajo el caudillaje de Adolfo Hitler, es una misión íntegramente europea, que encuentra su expresión más patente en aquella lucha contra el bolchevismo, iniciada en tierras de España, y en la camaradería de armas en aquel entonces surgida entre el pueblo español y el alemán. En la lucha que se está desarrollando, hasta su final victorioso, en el propio suelo del adversario, aquella hermandad de armas continúa indisoluble. No de modo fortuito, sino obedeciendo a superiores leyes históricas, España y Alemania, como sustentadoras de la cultura europea, se han unido para la defensa del acervo común cultural de Europa.

Fue el 30 de enero de 1933 el día en que se fundó el Tercer Reich alemán. En esta memorable fecha se sentaron las bases del mismo, que refleja la verdadera voluntad de un pueblo, y que, tanto espiritual como técnicamente, forjó el arma que, empuñada por la firme mano de su Führer, debía asegurar al pueblo alemán aquel puesto que le corresponde en el mundo, en la sociedad de los pueblos y en la Historia.

El pueblo alemán, que encontró en el Tercer



Reich su nueva forma estatal, se siente feliz de poder tener a su lado, en el cumplimiento de su misión europea, a la nueva España, nacida de la lucha contra los enemigos de Europa.

VON STOHRER
Embajador de Alemania

Más de 10.000 motores DIESEL-DEUTZ instalados en España es la fehaciente prueba de su superior calidad y favorable acogida que han tenido desde hace años en el mercado español.

No es vana la afirmación de que el motor DIESEL-DEUTZ ha sido compañero inseparable del desarrollo técnico e industrial español, pues ya en el último tercio del pasado siglo iniciaron los conocidos motores OTTO, a gas pobre, su colaboración con la industria española, y posteriormente, a compás de la evolución del motor de combustión interna, encabezada por el Doctor OTTO con el primer motor a cuatro tiempos, y finalmente con la aplicación del sistema Diesel, prosigue la casa DEUTZ su aportación al mercado español de máquinas productoras de fuerza motriz, contribuyendo así a intensificar grandemente la producción española. La Agricultura, las industrias de molinería, alumbrado y manufacturas en general, la industria minera (con sus locomotoras e instalaciones extractoras), la Marina en general y las no menos importantes industrias pesquera y conservera; la del transporte (camiones, locomotoras y automotores) y en todas cuantas actividades sea necesaria la fuerza motriz, allí está presente, demostrando sus excelencias, el motor DIESEL-DEUTZ.

La Cía. Española de Motores Deutz Otto Legítimo, S. A., distribuidora en España de los motores DIESEL-DEUTZ, continúa su labor, hace años emprendida, de mantener en alto el prestigio de esta marca, aportando para ello la eficacia de su ya antigua organización, puesta por entero al servicio de tan importante cometido.

DEUTZ

CUNA DE LA MOTORIZACION



**C. ESPAÑOLA DE MOTORES DEUTZ
OTTO LEGITIMO S.A**

Serrano 16

Madrid

Apartado 360

BAQUERA KUSCHE & MARTIN S. A.

M A D R I D

CONSIGNATARIOS DE BUQUES

AGENTE DE ADUANA

TRANSPORTES INTERNACIONALES



SUCURSALES: Alicante, Barcelona, Cádiz, Córdoba,
Irún, Málaga, Palma de Mallorca,
Portbou, Sevilla y Valencia.



MARIANA PINEDA, 3
APARTADO 325
M A D R I D

ESPECIALIZADOS EN EL
RAMO DESDE MAS DE
CUARENTA AÑOS

Materiales y maquinaria eléctricos

oo

Lámparas OSRAM

oo

Motores Diesel
JUNKERS

oo

Radio y refrigeración

oo

Materiales nacionales
y de importación

co

SOLICITE
PRESUPUESTOS



REDACCION, ADMINISTRACION
Y TALLERES DE "ARRIBA"

LARRA, NUM. 8

TELEFONO 32610

LA FIGURA DE HITLER

Por ANTONIO TOVAR

YA va quedando lejana la época en que Adolfo Hitler podía parecer como el centro y motor de un formidable torbellino. Todavía las fotografías, en su quietud, nos le muestran con el gesto exaltado y fijo del iluminado. Pero el mundo se ha tenido que convencer de que en él se da esa firmeza, quietud y, cuando es necesario, frialdad, que el verdadero hombre cesáreo tiene siempre.

Yo vi a Hitler por primera vez desde la calle, en uno de los Primeros de Mayo iniciales de su régimen. Atravesó el Unter den Linden berlinés de pie junto al conductor del automóvil, saludando mesuradamente con su gesto ligeramente de inválido. Iba hacia el Arbol de Mayo—cintas rojas, ramos verdes recién cortados, banderas con la cruz gamada—, que se alzaba en el Lustgarten cercano, y frente al cual iba a hablar a su muchedumbre. Para quienes hemos visto después el Congreso de Nuremberg o el desfile de la Victoria de Madrid, aquella fiesta de Primero de Mayo se nos queda pequeña en el recuerdo, pero entonces, por aquellos años, últimos de la democracia en Europa (y la democracia temía al pueblo, le dejaba reunirse por miedo en actos marxistas, pero no se atrevía a convocarle nunca para nada), el hervor de gente en el Lustgarten, y al pie de los micrófonos en las calles cercanas, se nos antojaba enorme.

El Adolfo Hitler que iba de pie en su coche tenía aún el gesto iluminado, magro, absorto, con los ojos fijos. Era como es aún en las fotografías. Después, unos años—¡y por la calidad, cuántos!—después, Hitler, visto de cerca, aparecía en su realidad de hombre político, agudo, oportunista, agilísimo, frío si era necesario, dueño de sus menores gestos y de sus más inconscientes reacciones.

A José Antonio todavía le pareció el nacionalsocialismo—como

parecía entonces su jefe—un movimiento romántico. Hoy me parece que le hubiera parecido otra cosa distinta. Adolfo Hitler, visto de cerca, no es el exaltado que podía

saludando, y en el Hitler privado, de su despacho de la Cancillería o de su casa de Berchtesgaden.

En Hitler domina exclusivamente la inteligencia política, el genio

mán de la grandeza y ambición del suyo, esta medida, este dominio verdaderamente clásico.

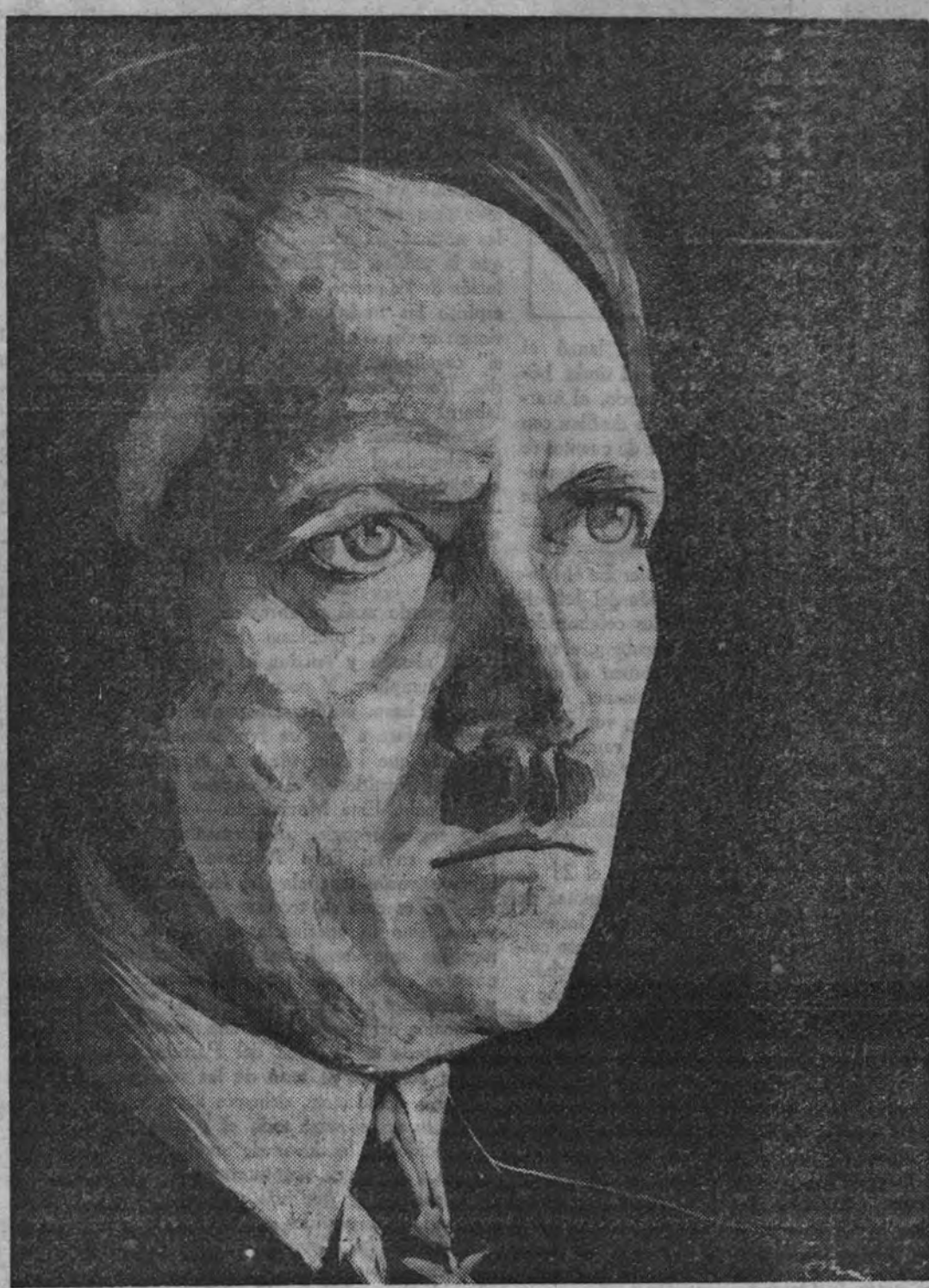
Porque Hitler es así, sabemos que no ha tomado ninguna de sus grandes decisiones de ligero y por una ofuscación. Un político que se jactaba de frialdad, de patológica frialdad, Azaña, podía amenazar con que si tiraban la silla, él derribaría la mesa. Hitler, con su tensión exaltada, su impetu y su briosa marcha hacia adelante, nunca hubiera podido pensar algo así. Para él, lo primero es el sentido de lo que es posible. Tal vez esta cualidad, en mayor medida que otra alguna, es la que le ha permitido hacer las maravillas que ha hecho.

En un hombre como él cabe fiar más que en otro alguno. Si Napoleón obró más de una vez por cólera, testarudez o impulsividad apasionada, Hitler no conoce estos defectos. Con el mismo fuego con que se lanzará a todo lo que él sepa posible, sabrá detenerse, plegarse, imponerse un freno donde se dé cuenta de que está la barrera infranqueable de la imposibilidad.

Para esto parece que ha vivido sobre todo este hombre extraordinario y extraño, que ha practicado en el Poder el más medurado de los ascetismos, que manda absolutamente en cada uno de sus impulsos y pasiones, y que enarbola la bandera del movimiento apasionado, del ímpetu nacional y popular más romántico, mientras tiene un juego de inteligencia profundo, calculador, reservado, cachazudo, obstinado y ágil.

Entre las figuras inmortales de los Césares de la Historia, Adolfo Hitler representa un temperamento nuevo e inédito. En él se ha dado

el milagro de agotar en seis años un programa inmenso, y de tener luego que emprender una guerra en la que la magnitud de los acontecimientos impone cada día una jornada gigantesca por los caminos de la improvisación genial. Todo esto, sin olvidar las pequeñas cosas, los detalles y la ruindad de cada hombre, amigo o enemigo.



parecer, y que en las fotografías de intención política parecía.

Los primeros que debieron darse cuenta de con quién se las habían fuero, sin duda, sus enemigos políticos. No era un hombre de románticos impulsos ni de pasión desbordada, sino un hombre tenaz y resuelto, con un deseo absorbente, exclusivo, fanático, el de la grandeza de Alemania como motor. En la lucha política, sin duda, que al llegar al Poder obró más por cálculo político que por impulso.

Basta ver a Hitler andar para darse cuenta de que no tiene el menor abandono. Ni un músculo se relaja ni cede; todos están tan tensos, que se creería que no pesa sobre el suelo. Y esto es así en el Hitler público de las grandes solemnidades y los desfiles, en que permanece horas y horas brazo en alto

del Poder y de la Historia. Sabido es que no tiene pasiones, o mejor dicho, que las domina totalmente para no abandonar ni un segundo su sacrificio personal íntegro a las necesidades históricas de Alemania.

A medida que van pasando los años, Hitler va tomando un aire más maduro y paternal. Ha engordado algo, y, a veces, en la intimidad del trabajo, para ver papeles o mapas, se pone, siempre fugazmente, unas gafas de presbita.

Su voz, opaca y profunda, se nota que no tiene más palabras que las precisas, que nunca se ha desgastado en conversaciones indiferentes ni frívolas.

A José Antonio le hubiera gustado descubrir en Hitler, por debajo del aparato romántico necesario para un movimiento político ale-

"NOS DICEN—DECIA JOSE ANTONIO—QUE SOMOS IMITADORES PORQUE ESTE MOVIMIENTO NUESTRO, ESTE MOVIMIENTO DE VUELTA HACIA LAS ENTRANAS MISMAS DE ESPAÑA ES UN MOVIMIENTO QUE SE HA PRODUCIDO ANTES EN OTROS SITIOS. PERÓ, ¿PORQUE ITALIA Y ALEMANIA SE HAYAN VUELTO SOBRE SI MISMAS Y SE HAYAN ENCONTRADO A SI MISMAS, DIREMOS QUE LAS IMITA ESPAÑA?"



NOVENO ANIVERSARIO DE



Hitler, con Frick y Goering, el día 30 de enero de 1933

La obra de Hitler en el Poder tiene dos aspectos fundamentales: el interior y el exterior. En el primero se ha conseguido reconstruir Alemania; en el segundo están señaladas las bases para la afirmación de Europa. Los dos convienen sobre una directriz para recalcar una enseñanza, porque el ajuste de la política exterior con la interna y la de ésta con aquélla no es sino un viejo dogma nuestro que estuvo—como tantos—en olvido. No otra fué la práctica de Fernando el Católico siendo catedrático de Prima—como notó Gracián—en Era de Políticos.

Para nosotros, españoles de nuestro tiempo, hay, sin embargo de la Historia, una conclusión apodíptica: que vale mucho la experiencia con su calidad, pero no tanto en la preocupación de dar vista a un mundo imitable, como en virtud del hondo y sincero sentimiento de que para hacer todos los mundos hacen falta sistemas y personas. Que por bajo y por cima de cien ímpetus la lección de estos ocho años de Hitler en el Poder es válida en las latitudes más dispares. Que hay un hombre y un séquito y un pueblo, y en el pueblo un impulso, y en el séquito una doctrina, y en el hombre una voluntad. Y hay así, tras el afán de todos, una Obra.

POR LA UNIDAD ALEMANA

El 30 de enero de 1933 Hitler, Caudillo del Movimiento nacionalsocialista, es llamado por Hindenburg para ocupar la Cancillería. A las once de la mañana estaba ya firmada la designación. El día había amanecido, pues, madrugador, y también amanecían madrugadores los berlineses que, rodeando a los huéspedes de Kaisershof, aplaudieron aquel momento histórico. La fortaleza se rendía tras breve, pero decidido, asalto. No vanamente podía rotular Otto Dietrich con el "Annibal ante portas" la postura de Hitler instalándose con su Estado Mayor en el hotel más próximo al Palacio de la Cancillería. Las puertas no necesitaron de la violencia, conociendo al Caudillo, y se abrieron porque el castellano era un patriota que supo salir al encuentro del Jefe popular.

La Wilhelmstrasse se reboaba de razones apenas la noticia corrió por Berlín—aquel antiguo "Berlín rojo" en que tantos nazis sellaron con sangre su doctrina, y donde

Goebbels, nervio de aquélla, lanzó el diario nacionalsocialista con el título bélico de "El Ataque". Cuando, al atardecer, las Milicias del Partido desfilaron con antorchas, en todas las almas de cuantos se sentían verdaderamente tudescos vibró, unívoca, la impresión de que había sonado la hora decisiva y que acababa de nacer una nueva coyuntura.

Para expresar que con Hitler iba el Movimiento todo, a la designación del Jefe siguieron las de sus más fieles colaboradores: Goering, Frick, von Blomberg, el conde von Crosik... Y para mostrar al mundo la unidad de todos los alemanes, entraban en el Gabinete Hugenberg, von Papen y Seldte. Así se pudo ver el camino con absoluta claridad cuando el 1.º de febrero habló Hitler al pueblo y señaló como meta "la unidad espiritual y voluntaria de nuestro pueblo".

La posición se iba a cumplir el 21 de marzo, al reunirse en la ciudad militar de Postdam en nuevo Parlamento. Se ha considerado que esa fecha señala el punto culminante de la Revolución nacionalsocialista. Allí, en la antigua iglesia castrense y en el ambiente de que quiso rodearse el Emperador Federico, se festejó la apertura de la Legislatura, quedando sellado en la apretada postura de dos hombres el juramento de trabajar por la restauración unitaria de la voluntad y del espíritu alemanes.

Por eso el 6 de julio pudo Hitler decir que la Revolución había terminado. Es decir, terminaba la primera etapa de la Revolución con la conquista de la mejor cota: la Unidad.

LAS BASES JURIDICAS

El 14 de julio de 1933 la etapa primera obtiene confirmación y apoyo, tras una reunión ministerial de doce horas, en la que se aprueban leyes que constituyen, según el comunicado oficial, "las bases jurídicas del Tercer Reich".

Aquellas leyes iban fundamentalmente contra los traidores a la Patria: incautaban los bienes del Partido socialista, privaban de ciudadanía y nacionalidad a los socialistas reos de alta traición; impedían la reconstrucción de los grupos políticos y transformaban de hecho al nacionalsocialista en Partido único. Otra ley creaba el Instituto Plebiscitario, en el sentido de consultar al pueblo con moti-



En 1930, antes de emprender la marcha anual desde la histórica cerveteria

vo de determinadas nuevas disposiciones legislativas. Se comunicaba la firma de un Concordato con la Iglesia católica y la confirmación de los Estatutos unificadores de la Iglesia evangélica, que iba a reunir a los protestantes. Juntamente salieron de aquella reunión las leyes para facilitar la vida y combatir el paro, etc.

De este modo se iban liquidando obstáculos y colocando andamiajes. Tras la supresión de cuanto nacionalmente era peligroso, se unificaba lo que podía ser favorable. Vigilábase cuidadosamente la organización de las células obreras, se incorporaban los nacionalistas y los "Cascos de Acero", se disolvía el Centro. Se elevaban los símbolos nacionales de la Historia, el Estado o el Movimiento en un nuevo concepto de dignificación. Se depuraban los elementos humanos con la lucha por la ariización en los empleos públicos y en las normas eugénicas. Y no se olvidaba que la unidad del Estado exigía la nivelación de los países, integrando en un nuevo espíritu las tradiciones autonómicas anteriores: nacieron así, recordando a los "misi" carolingios, los Gobernadores delegados. Poco después se ordena la estructura laboral y se establecen los compromisarios o procuradores del Trabajo, sin que quede relegado el problema de la pacificación espiritual, ni mucho menos aquel otro—primariamente efectivo—del bienestar material.

"LA POLITICA ES TAREA NUESTRA..."

Recuerdo unas palabras en *Mi lucha* que reflejan el problema del Estado nacional alemán y señalan el esfuerzo que ha de cumplirse. Y poco después de señalarse las bases jurídicas, hay que recordar—con enlace a la obra fundamental—las palabras que Hitler dirige a los secretarios del Partido en el Congreso regional de Sajonia. Este Movimiento—afirmaba allí, según recogía, directamente en la Prensa, en mi libro *Nacionalsocialismo*, primera visión española del fenómeno nazi—"no es cosa de teorías o de quimeras vanas, sino la conciencia de millares de personas que son hermanas y hermanos nuestros". Advertía la función instructora y educadora del Partido, y añadía: "Esta educación del Pueblo hacia una nueva idea del Estado es la tarea del Partido, que queda colocada al lado de las funciones estatales. Finalmente, debemos llegar a un momento en el cual todo el pueblo esté convencido de las ideas de nuestro Movimiento... Alemania vive nuevamente, y nadie debe pensar que esta obra pueda ser destruida. Los partidos se han hundido definitivamente en Alemania, y la idea de la democracia les ha seguido en su suerte. Por el Concordato con la Iglesia católica ha terminado también la actuación política de los eclesiásticos. La Religión se fortalece, las iglesias tienen ya su libertad. La política es tarea nuestra..."

Y porque la política iba siendo tarea del Partido y el Partido tenía una nueva visión, no sólo una política, sino una ética, nacen con el esfuerzo de la Alemania unívoca.

HITLER, JEFE DEL ESTADO

Un paso más, tarda apenas otro año. El 1.º de agosto de 1934, el fallecimiento del mariscal von Hindenburg planteó decisivamente una cuestión fundamental. Y señaló la posibilidad de un avance en la tarea política de la unificación.

No puede olvidarse que con haber sido Hindenburg quien diera entrada al Movimiento nacionalsocialista en el Poder, el viejo Mariscal fué considerado por ciertos grupos como un "freno" a las corrientes del llamado racismo cultural. Hindenburg era la Alemania militar y tradicionalista que en tantas cosas estaba viva en el Movimiento hitlerista, pero que no siempre se encuadraba en éste con absoluta dedicación. Fué también un poco el reducto de los rezagados de Weimar. Separado del Gobierno el grupo de Hugenberg y ausentes de la vida pública núcleos diversos un día poderosos, cuanto quedaba como alemán sin ser hitlerista, mantenía sus re-

servas tras el falso escudo de Hindenburg. Su Testamento político revela una posición terminante: "Siempre así que, nacida en un momento difícil de nuestra vida, en época de gran debilidad, la ley fundamental y la forma del gobierno no correspondían al auténtico ser de Alemania." Por eso el Mariscal acogió cuanto el Movimiento tenía de genuino, y por eso puede ser considerado como el colaborador más preclaro de la restauración alemana.

En sus adiciones al Programa del Partido, Feder había declarado que en la cumbre residirá el poder estatal soberano, pero se mantenía una cierta sombra sobre si la solución iba a ser monárquica o triunviral. En nuevas ediciones, la revisión del texto contrapuso monarca no a triunviros, sino a presidente. La realidad es que Hitler construye una nueva figura de Jefatura estatal, porque resume en su persona, en vigorosa afirmación caudillista, el puesto de Presidente con el de Canciller, y con ellos el más decisivo de Jefe del Movimiento.

La Jefatura total de Hitler queda confirmada en los acontecimientos posteriores, sobre todo el 4 de febrero de 1938, al tomar el mando directo del Ejército y de la burocracia, resolviendo los antagonismos creados por la vieja postura del prusianismo dieciochesco, bien que ya las leyes militares de 1935, aplicando los prin-



cipios del Movimiento al servicio militar como servicio popular y honroso, sometían la potencia bélica a la orden inmediata de Hitler.

EL "ESPACIO VITAL"

Entre la propaganda nacionalsocialista de la vigilia democrática circulaban unas postales con gráficos muy expresivos. Uno de ellos se refería a la parcelación de Alemania impuesta en Versalles para impedir su resurrección. Junto a estos gráficos que entraban en los corazones, las estadísticas y los estudios hacían mella en los cerebros. Y se fué montando la tesis de su "espacio vital", es decir, de la zona geopolítica necesaria para el desarrollo de Alemania.

Y en primer término, la obra de recuperación preversallesca: Renania y el Sarrre. Este fué obtenido por virtud plebiscitaria el 13 de enero de 1935; aquélla pudo entrar en la plena soberanía al ser denunciado, el 7 de marzo de 1936, el Tratado de Locarno, violado por el Parlamento francés al ratificar el Pacto franco-soviético.

Austria, los Sudetes, Danzig, Memel... Con una diplomacia en la que—como en nuestro Fernando V—juegan los Ejércitos y las inteligencias, Hitler hace recuperar a Alemania lo perdido y redondear su

HITLER EN EL PODER

figura mutilada con un espacio vital de zonas próximas.

Está así en situación de defender sus derechos. Bien que Hitler no obró nunca sino a la luz del día. Que desde el momento mismo de su ascensión al Poder inició una política exterior de claro y rotundo contorno.

CONTRA VERSALLES

Escribí en mi libro sobre el nacional-socialismo que Versalles ha sido, en forma evidente, la causa generadora del Movimiento hitlerista. Versalles, Ginebra, los judíos y los socialistas que querían eternizar la injusta paz dictada por los aliados, nos daban la clave de la argumentación, que era, además, lógica, y "debí preverse fatal para el momento en que pudiese ser desarrollada".

Contra Versalles y contra Ginebra, después de ir en lo interior contra los socialistas y los judíos, se dirigieron los mejores esfuerzos del Régimen.

Alemania, conducida por Hitler, vence a Versalles, hasta llegar a la ceremonia de la exposición del coche-salón del armisticio en el Museo berlinés. Vence, ante todo, al deshacer el tinglado societario ginebrino. La S. D. N., nacida en forma que por España supo rechazar D. Antonio Maura, en la hora misma del alumbramiento, era el organismo encargado de im-



El Führer, en el Palacio de Deportes, antes de tomar posesión de la Cancillería

de Mussolini. El Caudillo del Movimiento alemán, por cima de los elementos propios y de las causas ajenas, encontró en el Jefe del Movimiento italiano una conciencia afín y un común modo de enjuiciar el mundo. A la entrevista de Venecia, el 15 de junio de 1934, siguieron colaboraciones espirituales, políticas y económicas. Buena prueba el reconocimiento de la anexión del Imperio etíopico, el 24 de octubre de 1936, y prueba decisiva la visita de Mussolini a Alemania en los últimos días de septiembre de 1937, visita correspondida por la de Hitler a Roma y a Nápoles y anticipo de las cien entrevistas del Brénner, presagio de la colaboración final en los campos de Rusia. Nació y creció así una nueva versión de política exterior montada en torno a una figura mecánica: el eje. El Eje Roma-Berlín, que no tardará en ser, al servicio de la lucha contra el bolchevismo, un Eje doble: Berlín-Roma-Tokio.

Con el Eje, obra de la labor germano-italiana, el Pacto Antikomintern es el resultado de la colaboración germano-italiana, declarada solemnemente con la firma de aquél el 25 de noviembre de 1936. Tampoco el Pacto, como el Eje, fué una postura exclusivamente exterior. Plenamente lo hacían prever las palabras dichas en el Congreso del Partido en 1936, llamado Congreso del Honor por Goebbels—que señala el peligro mundial del bolchevismo—y por Rosenberg—que alude a una próxima "lucha mundial decisiva"—; pero está advertido ya por Himmler en el Congreso Agrario de Goslar el año anterior, presentando a la SS. como organización de combate antibolchevique.

Como españoles que—los primeros—sufrimos el ataque del bolchevismo armado, no puede sernos indiferente una constatación: el Congreso del Partido de 1936 coincide con la rebelión roja que azota nuestras tierras y se clava en la carne de nuestros hombres hasta hacer de todo lo nacional martirio o heroísmo.

LA CRUZADA

Sobre esos elementos instrumentales y con la clara estirpe de la doctrina confesada, la lucha de Alemania toma bien pronto caracteres de Cruzada europea. Cuando el peligro bolchevique se pone en acto en España y aparece con plena potencia en Polonia y Checoslovaquia—clavada ésta, corazón adentro, en el nervio germánico—, se inicia una obra de restauración europea que empieza por los caminos de la comprensión y de la inteligencia, culminados en Munich, para verse desahuciada más tarde y tener que cambiar de instrumento.

En esta lucha, previa al planteamiento—de otro modo inicial—de la Cruzada, llevada a cabo por las armas más contundentes, consigue Alemania situarse de manera predominante sobre todo el Continente europeo. Y de cuantos países lo forman van al frente ruso divisiones de voluntarios. España, que hizo de su Alzamiento Nacional una eficaz plataforma antisovi-

tica, lanzó contra el bolchevismo armado, después de desangrarse en su propio solar, las milicias del Partido y los batallones del Ejército. Y toda aquella Europa que se reúne en Berlín el último 25 de noviembre para firmar la adhesión o la ratificación al Pacto Antikomintern, jura el aniquilamiento del Soviet en una nueva Cruzada contra el nuevo Turco, que pretende correr por las llanuras centrales para que, otra vez, como cuando Metternich lo decía humorísticamente—bien que ahora muy en serio—Asia empiece en la Landstrasse de Viena.

ALEMANIA. CABEZA DE EUROPA

La obra de Hitler va teniendo relieves que pasan de la Historia alemana y aun de la Historia europea, para penetrar con la densidad mejor en la Historia universal de más meollo.

Por residir en el centro neurálgico de Europa, Alemania es, naturalmente, la zona constructiva por excelencia. Si, junto al Régimen al que Hitler daba expresión política con el injerto de lo nacional en lo social, se unían los hombres que deseaban una reforma estatal, también precisamente junto a Hitler se agrupaban no sólo los hombres, sino los países que pretendían una socialización de la política exterior. La idea mística del Tercer Reich se iba a aplicar, como quería su sembrador, para romper fronteras y reunir federalmente a los pueblos de Europa en una obra de colaboración "con todas las naciones que tienden a elevarse".

Tras la reconstrucción de Alemania toca el turno a Europa sobre el eterno esquema de la doble estirpe tedesca y latina, evocando al Sacro Romano Imperio y al Imperio de la sangre germánica que los Electores de Aquisgrán veían en nuestro César Carlos en la víspera de aquella proclamación que tanto entusiasmó a Alfonso de Valdés.

Juan BENEYTO

El Eje se explica, en visión histórica, como nueva estructura primaria y esencial de lo europeo. Y como plataforma suya está ahí, en la doctrina, el Pacto Antikomintern, que viene a renovar las tradiciones que hacen en la Edad Moderna una unidad en la exclusión de los enemigos del nombre cristiano, venidos del Asia con nombre de Turcos.

Y ese es el valor ejemplar que ante el noveno aniversario de Hitler-Canciller tienen para España su obra y su ímpetu. Ya no se trata de admirar organizaciones interiores ni de estudiar esquemas de Estado o de Partido, que bien sabemos lo que hay por detrás y por bajo de las perspectivas nacidas del mimetismo. Lo que importa en esta hora de decisión suprema no es ser más o menos semejantes en lo exterior o en lo interior, ni acoger patrones, ni afirmar singularismos. Lo que realmente vale es saber que servimos a Europa y que vemos en Alemania, como los Humanistas de Silesia vieron hace cuatro siglos en España, ni menos ni más que a los constructores de un Orbe. España, presente el 25 de noviembre en Berlín, vincula su política a este servicio a Europa, del que es primer Jefe el Caudillo del pueblo alemán.

Vistos así estos ocho años de nacional-socialismo les hacen merecer bien no sólo



El Führer en un acto del Partido, un año antes de ser elegido Canciller

de los alemanes, sino de todos los hombres que tenemos conciencia europea. Y nuestro deseo puede ser solamente el de ver pronto y finalmente viva una imagen de Europa con Alemania como su "áurea cabeza"—cual la Roma antigua, y con la moderna—, y en ella España en su propio Finisterre como puente con los mundos de América y del África y con tareas limpiadas de aquellas que sonaron, en el tiempo del César español, los humanistas que iban camino de Bolonia para ofrecer a Carlos libros recién impresos o le enviaban desde Brujas obras que nunca debieron caer en saco roto.



La primera recepción diplomática del Canciller Hitler



pedir cualquier actitud constructora que pudiera derivar de la vocación germana hacia el Imperio. La política exterior del nacionalsocialismo tiene su punto de partida en ese 19 de octubre de 1933, cuando Alemania se retira de la S. D. N. Así ha podido decirse por Carl Schmitt que el 1934 cierra el período de Versalles y de la S. D. N., iniciado en 1919. Y lo cierra—notémoslo bien—, no tanto porque Alemania salga del sanedrín, sino porque desde entonces ya todo el mundo sabe que el judaísmo es portavoz de aquél y que su refuerzo está precisamente en la Unión Soviética, enemiga de Europa. La Sociedad de Naciones, que deja de ser universal apenas creada, deja de ser europea en 1934. En plena contradicción, porque la U. R. S. S. no se calla—lo advertía ya su jurista Korovin—, pues para ella no cabe una sociedad internacional en la que coincida con los Estados burgueses.

EL EJE Y EL PACTO

Establecido el desahucio de la Sociedad de Naciones y planteada la revisión de los tratados, la primera aproximación posible en Europa es la de Alemania con Italia. Este acercamiento estaba implícito en la doctrina, que la derivación intelectual de las tesis tudescas era confesada y proclamada sobre la raíz del pensamiento

Revolución germánica Revolución latina

Por H. BARTH



SIEMPRE que se recuerda aquella memorable noche de la rehabilitación alemana, iluminada por el resplandor de las antorchas, surge a la vista del observador la visión de las revoluciones europeas. En el futuro nadie podrá hablar de la historia de Occidente sin hacer mención de aquella hora decisiva en que el luminoso cuadrado de una ventana se recortaba sobre el fondo oscuro de una noche de enero en Berlín. Aquella ventana enmarcaba las figuras del anciano mariscal y del cabo del Ejército que, contemplados por todo el pueblo, constituían los dos símbolos de la tradición y de la renovación alemanas. Nosotros, por nuestra parte, sabemos muy bien que este eterno acorde del Destino entre lo conservador y lo revolucionario, en ningún círculo cultural de Occidente produce un eco comprensivo más profundo que en el ámbito ibérico, en el cual la revolución bebe siempre en las fuentes de la tradición.

Por ello, en ningún sitio nos es más grato que aquí hablar de aquella célebre noche de las antorchas, en la que el pueblo, congregado en una amplia plaza, bajo la ventana iluminada, fué testigo, profundamente conmovido, del triunfo de la renovación europea iniciada catorce años antes en Munich y en Milán. Paulatinamente va aumentando el número de años que nos separa de aquel gran acontecimiento, y con él, poco a poco, se amplía la importancia histórica de aquel acto. Cada vez resulta más sugestivo destacarlo en conexión con las grandes relaciones causales de la Historia y con las otras dos fechas trascendentales de la revolución continental: el 18 de julio y el 28 de octubre.

El tiempo ha venido a confirmar maravillosamente nuestra fe en que el movimiento de afirmación común de los pueblos europeos no destruiría el valor irrempla-

zable de la diversidad del Occidente. Es ella, precisamente, la que hoy día, en los campos de batalla del Este, prueba ser una de las más eficaces armas defensivas de nuestra cultura. ¿Quién osaría afirmar aún que el sistema totalitario produce forzosamente una uniformación de lo espiritual y de lo material? Es verdad que aquel día 30 de enero la consigna rezaba que el Movimiento no era un artículo de exportación. El hombre que formula las consignas de nuestro tiempo conocía ya entonces perfectamente el profundo sentido de esta orden. Los eternamente obcecados, ni le creyeron hace nueve años ni le creen hoy; ya vetan el indeleble atributo de nuestra pluralidad occidental pisoteado por el paso monótono de la bota militar. Mientras pretendían ser esto el objeto de sus temores, tácitamente lo deseaban. Y no hay mejor prueba de aquella su traidora esperanza que la complacencia con que hoy se disponen a abrir las puertas del Occidente a aquella invasión oriental que traerá consigo el igualitarismo más letal que existe. Nueve años después de aquella noche de las antorchas, el Continente ha hecho prender la luminaria, aún más resplandiente, de una solidaridad cuyos rayos se adentran en las estepas del Asia. Todos los que han vivido la profunda experiencia de una revolución nacional sacarán una fecunda enseñanza del frente común de lucha. La gigantesca trinchera de dos mil kilómetros de longitud les enseñará que la solidaridad no debe confundirse con el esquema. El igualitarismo, y con él la incultura, se encuentran en el otro campo, y a cada paso sus anquilosados rasgos horrorizan al que los contempla. Pero del lado de acá de esa gran trinchera, el espíritu occidental vencerá únicamente bajo el signo de aquella pluralidad que constituye y constituirá siempre la enseña de la superioridad eu-

ropea sobre todos los demás Continentes.

Con íntimo alborozo volvemos a observar en esta hora dedicada al recuerdo, que hasta hoy sólo el Occidente es capaz de hacer una revolución. ¿Qué otra significación ha de tener el concepto de lo revolucionario si no es la de movilización de los valores más íntimos y ocultos? Revolución no quiere decir reyerta externa. Revolución no es acumulación de tensiones entre una suma de individuos. Si no fuera más que un juego de las fuerzas mecánicas, cualquier época, en verdad, podría llamarse revolucionaria, ya que la lucha no cesa nunca mientras existe una chispa de energía en un organismo vivo. Creemos, más bien, que la verdadera renovación sólo puede surgir de la pugna del individuo consigo mismo. Pero si lo revolucionario es equiparable a una activación de las energías encubiertas e internas, toda revolución verdadera habrá de poseer un núcleo altamente personal y una peculiaridad intransferible. De este modo vemos que la revolución, en su origen, no es un movimiento colectivo, sino, por el contrario, extremadamente individual. Como prueba viva de esto tenemos a nuestra vista en todo su valor a aquellas personalidades que nunca fueron tan conscientemente dignificadas como por virtud del "principio jerárquico" de los Estados autoritarios.

Desde este punto de vista vemos con toda claridad el embotamiento espiritual de aquellos adversarios que no quieren comprender la época presente. Cuanto más nos vamos alejando de aquel 30 de enero, tanto más nos inclinamos a considerar que la inercia de su inteligencia es mucho más peligrosa que la malevolencia de sus intenciones.

Hay que tener siempre en cuenta que la revolución, como desarrollo político, sólo puede llevarse a efecto cuando va prece-

dida de un proceso de desenvolvimiento interno. La renovación del Estado no es otra cosa que la suma de las renovaciones personales. Hace poco hemos podido oír, precisamente de la muy autorizada voz de un ministro español, la declaración fundamental de que hacer una revolución es revolucionarse a sí mismo. Hemos de confesar complacidos que el oírlo nos produjo un suspiro de satisfacción. Es algo transcendental poder comprobar que, también en el espacio ibérico, se entiende la revolución, en primer lugar, como un proceso de desarrollo interno. Sin duda, una de las más instructivas experiencias de nuestro tiempo es la de poder contemplar el gran movimiento revolucionario actual desde la perspectiva de un país que ofrece valiosos criterios comparativos al conocedor del desenvolvimiento alemán. Pues téngase en cuenta que la analogía de algunas formas externas y los paralelismos mecánicos en la aplicación técnica de la revolución, no nos deben hacer olvidar que las aspiraciones renovadoras germánica y románica se encuentran en un fecundo contraste. En este sentido, para nosotros, que tuvimos nuestro puesto bajo la ventana iluminada en la noche berlinesa de enero, la aspiración de España a forjar su futura configuración, ofrece un espectáculo emocionante y conmovedor.

Desde nuestro punto de observación nos parece palmario que la aspiración germánica a encarnar el ideal, y el impulso latino que tiende a aproximarse lo más posible a lo divino, ejercen una fecunda repercusión recíproca. Nunca repetiremos lo bastante que no la igualdad, sino la diversidad, será la espada mejor templada para luchar por un nuevo orden mundial. Claro está que la revolución, si quiere rendir todo lo posible, no ha de quedar limi-

(Continúa en la página 14)

LA REVOLUCION ALEMANA

UN PUEBLO-UN FÜHRER-UNA DOCTRINA

Por ISMAEL HERRAIZ

EIN VOLK

CASI a lo largo de catorce años de espantosa servidumbre, los vencedores pudieron soñar despreocupadamente que todo había sido ya conseguido. ¿A qué había quedado reducido el pueblo de Königsgratz y de Sedán, la maravillosa línea militar de Armentières y del Camino de las Damas? Sobre el polvo y la ceniza de la derrota, los traidores internos, como un eco mendaz de los verdugos, mentan cínicamente al pueblo alemán sus promesas. El espíritu que aceptó sin morir la imposición del Versalles hablaba a los soldados que dejaban en los armeros de la destrucción sus fusiles gloriosos, de construir paraísos terrenales bajo la condescendiente mirada del vencedor. Scheidemann, jefe de la social democracia se permite decir a los héroes invictos "que el pueblo había triunfado en toda la línea".

Y la realidad es que el pueblo alemán sabía apenas qué esperanzas de subsistir como unidad histórica le restaban. Francia le arrebató la Alsacia y la Lorena, mientras Bélgica se apropiaba de Eupen y Malmedy, y Dinamarca de Schleswig del Norte. Cada cual entró a saco en el formidable baluarte político alzado por la clarividencia bismarkiana. Posen, Prusia Occidental y el corredor de Prusia Oriental pasan a manos polacas y dejan encendida la primera mecha de la nueva conflagración. Hasta la modesta Lituania exige Memel y sus alrededores, y el mosaico étnico y sin consistencia nacional de Checoslovaquia reclama también su presa sobre el territorio de Hultschin. Los vencedores ejecutan con un aire despreocupado uno de los latrocinios más gigantescos que recuerda la Historia y son confiscadas las propiedades de muchísimos alemanes en el extranjero, y todas las colonias germanas se reparten de acuerdo con la vesanía anglofrancesa. Comienza la entrega de una serie de sumas gigantescas y, por fin, en el año 1921, la indemnización es fijada en una cantidad que no podrá ser satisfecha nunca: ¡132.000 millones de marcos oro! Sin Ejército, sin economía, recortado el suelo de la Patria por el tijeatrazo feroz de Versalles, ¿qué espera el pueblo alemán? ¿Para qué mentarle sobre su porvenir?

Y da comienzo la tragedia. Cualquier ocasión es oportuna para que un río de sangre encienda en discordia el pálido Reich de la derrota. Comienzan a surgir los judíos de todos los "ghettos" de la tierra y Alemania es el campo abierto a la especulación y a la infamia. Y al Oeste queda Francia. El pueblo alemán—el que "había triunfado en toda la línea", según Scheidemann—se muere sin remedio, sin que la más leve muela de conmiseración quiebre el gesto implacable de los vencedores.

Seis millones de hombres quedan sin trabajo y tres millones más viven asperamente a costa de jornadas de labor reducidas. Los "sin trabajo" constituyen en

Alemania lo que se llamó entonces "der fünfte Stand" (el quinto poder) y un hoscó mundo de obreros deambula por las ciudades sucias de niebla y de miseria. Suicidios en masa, toda la economía en un desplome continuo, motines y luchas civiles, sobre un fondo de hambre y de desolación.

Este es el pueblo alemán. "Ein Volk", El hebreo—la pálida sonrisa de todas las políticas en derrota—se mueve sinuosamente entre la muerte de Alemania. El momento es magnífico para cortar en seco la unidad alemana; pero, milagrosamente, la obra de Bismark resiste toda la avalancha. Bastarían acaso estos catorce años para considerar en su pleno valor la obra del Canciller de Hierro. Los judíos buscan a toda costa el tajo que rompa de una vez la conciencia unitaria de los alemanes y paso a paso se va llegando a ese instante social tan deseado por el marxismo: una misera muchedumbre sobre la cual una minoría adinerada pueda ser derribada de un golpe. Pobreza infinita, desilusión de la juventud y rapacidad de los caballeros de industrias. La revolución marxista tiene todas las premisas a punto.

El poderío nacional y la fuerza inalterable que representaba la gran masa media germana, y sobre cuyos fuertes hombros se había aupado la grandeza de su patria, se ha desgastado entre las aristas de la miseria y del desencanto. No queda nada o casi nada. Apenas esos grupos torvos que por Alexander Ploetz ceperan la hora del crimen y del botín; casi nada más que esos cadáveres de ahorcados que cuelgan su desesperación a la lluvia y al viento bajo las ramas de Grünwald.

Bajo el pretexto de que unas entregas de madera no habían sido hechas a punto, las divisiones francesas se instalan en la cuenca minera del otro lado del Rin. Lo que Inglaterra no había consentido en Versalles va a poder realizarse por un motivo fútil, y la marcha hacia Berlín que exigió Foch podrá realizarse sin un tiro a través de la desolación infinita del pueblo derrotado. ¿Una cabeza de puente sobre Alemania! Cualquier otra ocasión, la menor falta en la entrega de maderos o vigas de acero, y se podrá llegar hasta Berlín sin que aquellos grises batallones de Artois y Flandes surjan ante el invasor.

Y entonces aparece lo incomprensible. Resulta que entre las frías chimeneas de la Renania, en el ambiente ya con herrumbre de las silenciosas máquinas queda todavía un aliento nacional. Cuno—hombre de industria, pero con el honor germano metido hasta la médula—ordena la resistencia pasiva de la zona invadida. Los obreros se mueren de hambre junto a los paredones de las fábricas antes que trabajar para el invasor. Es igual, porque los motores de la Renania paran su marcha, y los mineros se niegan a hundirse en los túneles del



Hitler entregando, en los tiempos heroicos, los nuevos banderines a las Secciones de Asalto

carbón. Albert Leo Schlageter, uno de los héroes más grandiosos del nacional-socialismo, se dedica a volar puentes, a destruir líneas ferroviarias, a meter trillita entre los motores. Se le denuncia un día y muere silenciosamente, después de sufrir un martirio espantoso de los invasores. Es igual, porque el hecho prueba la existencia de una palpación nacional por debajo de todas las miserias. ¿Todavía hay pueblo! "Ein Volk". Son aplastadas las consignas separatistas del invasor y la intromisión no encuentra caminos posibles.

En el resto de Alemania, la dramática existencia corre parejas con la del Ruhr. La alimentación del pueblo se hace principalmente a base de importaciones y, por consiguiente, disminuye la capacidad adquisitiva del labrador germano y los productos industriales se pudren en los almacenes. La situación financiera es horrenda y los Municipios se encuentran al borde de la ruina. El marco pierde el resto de su valor hasta la billonésima parte y Alemania se convierte en un país de turistas y especuladores sobre la miseria. "Visite usted Alemania, por un dólar recibirá un billón o dos de marcos; puede usted comprarse con 100 francos una casa en Unter der Linden, y si es capricho, se lleva el Zoo por una libra esterlina." Tales podían ser los reclamos de las agencias turísticas. Sajonia se alza contra Berlín; hay intentos separatistas de Baviera, y la mano exterior se acusa en cada pulsación de la agonía alemana. Stressemann se bate en retirada y opina que lo mejor es colaborar con el vencedor. Le ha impresionado la actitud pacifista de Briand y cree que el agonizante puede colaborar con el que le estruja el corazón y la garganta hasta cortarle el resuello. Se derrumba el mercado interior alemán, merced a la política de deflación, tan favorita del Gobierno Brüning, y una enorme burocracia, unida a la disminución gigantesca de la reserva oro, impide toda ilusión.

Welmarm ha ideado un sistema que va a dejar más boquiabierto todavía a este pueblo que bosteza su hambre y su desgracia. Que sepan todos "que el poder ema-

na directamente del pueblo", y aunque resulta que el pueblo no tiene poder ni para levantar una brizna, el armatoste democrático se monta sobre poco más o menos así: Dieciocho Estados federados y en Berlín un Presidente del Reich, once o doce ministros, 59 ministros de los Estados libres, más 42 senadores y 3.000 diputados. Mientras a esto se le llama poder directo de un pueblo, el auténtico, el verdadero pueblo alemán está a punto.

EIN FÜHRER

Porque sobre aquel fondo de pesadilla tiene que pasar algo. Nadie acierta a intuirlo, pero en las venas de cada alemán, un aliento viejo y nuevo va neutralizando el veneno de los años de la derrota. Resulta que aún anidaba en el alma del pueblo la idea y el sentido de resurgimiento; pero ¿quién sería capaz de ponerla en marcha? ¿Quién encontraría un camino, una estructura social posible y comprensible? Cuando el "Partido Obrero Alemán" extendió el carnet número 7 a nombre de Adolf Hitler, de treinta años de edad, natural de Braunau (Austria), pareció como si todo el pueblo germano signara en una cartulina su anhelo de resurrección. Hay instantes minúsculos que deciden todo un quiebro de la Historia, y en aquel instante Alemania lo encontró.

Aquel hombre, con su carnet en el bolsillo y sus treinta años de edad—era el año 1919—, se volvió a mirar la tierra de la derrota. Le escocían aún los ojos un poco por aquellos malditos gases asfixiantes que le enviaron ciego al Hospital de Pasewalk, para que no tuviera que retirarse vencido de las trincheras, y otro poco por el paisaje cruel que se ofrecía ante su vista. El hombre había tomado parte en 48 batallas y supo apretar bien el carnet sobre su corazón y empezar...

Munich se sorprendió un día ante la presencia de un grupo político extraño y de una actividad inusitada. Pronto el viejo Partido tomó un nombre y un simbolismo definitivos. En adelante sería el "Partido Obrero Nacional Socialista", con la cruz esvástica como emblema. Gott-



Tras la apertura del Reichstag en Postdam, Hitler saluda al canceller Hindenburg

RESTAURANTE Y CERVECERIA

"EDELWEISS"

JOVELLANOS, 7 • MADRID • TELEFONO 10326

fried Feder, el hombre que llevó a Hitler a la cervecería münichense, vió que aquel austriaco taciturno tenía unas fuertes manos de constructor. Al año, Adolfo Hitler ha logrado reunir 2.000 oyentes, y los primeros batallones de asalto —las S. A.— hacen su aparición valerosa en la calle después de haber planteado una batalla contra la insolencia comunista, que se permitió interrumpir a Hitler en la cervecería. Un mes de prisión sirve a Hitler para elaborar su plan de ataque y de propaganda.

Porque todos estos hechos van sucediendo al margen del desastre. Casi parecen ajenos a su época, a ese lapso dramático que hemos expuesto veozmente, y sin referirse para nada a ella. Un grupo de hombres ejecuta su acción revolucionaria sin fijarse en su exigua presencia sobre el pueblo. Oscila el péndulo del porvenir alemán: a un lado el marxismo con sus inmensas organizaciones militares ("Rote Jungfront", "Rote Frontkämpferbund", "Rote Marine", etc.), a otro ese grupito insensato de camisas pardas. ¿Qué pasará?

La paz de Versalles, la invasión del Ruhr, los intentos separatistas de Sajonia y Baviera suceden en esta etapa minúscula del nacionalsocialismo. Las pequeñas formaciones de Munich saben muy bien lo que tienen enfrente. Les odia la oposición monárquica, metida en la vía muerta de la política; la social democracia marxista; el Centro de Brüning y los capítos económicos que forman la masa liberal y democrática en cerrada defensa de sus intereses. Brüning, católico inflexible, cierra el puño al marxismo con tal de que caiga sobre la cabeza de los nuevos hombres. Hitler ha expuesto ya con claridad meridiana sus propósitos y el cerco se cierra en torno al nacionalsocialismo. Las formaciones pardas reclaman la supresión del marxismo; la comunidad auténtica de destino del pueblo; unidad de mando; abandono de todo intento de restauración; extinguir el paro forzado y contemplar la influencia de las iglesias cristianas como "un factor importantísimo para la conservación de los pueblos". ¿Qué consideración podía merecer un programa tan amplio y tan ceñido a la vez a la angustia de su pueblo, entre los grupos antinacionales y "colaboradores"?

Hitler sigue sus tres directrices fundamentales. La sangre de los que caen en la lucha callejera reclama arrebatadamente miles, millones de adhesiones, porque el pueblo va entendiendo aquella marcha que reclama "la calle libre para los batallones pardos". Marxismo, capitalismo y judaísmo; tres temas y un solo objetivo, que es la ruina del pueblo alemán. Lunderdoff reconoce la vigencia en el ansia alemana de los postulados hitlerianos y son las tropas münichenses del general von Lossow las primeras que se colocan a la disposición de Hitler para marchar contra Berlín, que ha dejado hundir su prestigio prusiano en la cochambrosa ventolera del marxismo.

Y se va a intentar la marcha hacia la capital. Una técnica ya practicada del golpe de Estado quiere ponerse en camino para alzar hasta las piedras y los cas, porque cada frase de aquel orador iluminado agrega nuevos batallones al Ejército de la reconquista y el capitalismo judaico siente cuartear sus cimientos. Una voz mueve los huesos y el alma de los muertos; algo allenta todavía de una bosques detrás de la esvástica. En una cervecería, Hitler, antes de comenzar a exponer su proyecto, lanza un tiro al techo y declara comenzada la revolución nacional. El jefe de Policía von Kahr prepara la traición, y cuando en la mañana del 9 de noviembre de 1923, las formaciones nacionalsocialistas se ponen en marcha hacia la capital del Reich, la Policía hace fuego sobre ellas. Lunderdoff es apresado, y dieciséis hombres quedan clavados para siempre sobre la tierra que habían de reconquistar. Hitler es condenado a cinco años de prisión, de los cuales sólo cumplió seis meses en el fuerte de Landsberg.

Cuando sale del encierro ha escrito su libro "Mein Kampf". Su lucha es la de un auténtico revolucionario, la del hombre de acción que ha de plegarse sin perder un milímetro de su doctrina a las nuevas circunstancias. El fracaso del 9 de noviembre ha sido gigantescamente aleccionador y es necesario sortear la persecución cambiando, incluso, temporalmente el nombre del Partido. Ahora heitspartei (Partido Nacional Socialista Pro Libertad). El general Lunderdoff se separa del movimiento porque Hitler se niega a aceptar sus tesis persecutorias contra el catolicismo.

Otra vez aparecen las secciones de asalto y la persecución gubernamental frente a ellas. Se prohíbe a Hitler hacer uso de la palabra en asambleas públicas. Una ambiciosa surgida de las trinche-

ras cegadas ya por el tiempo y por la vida de una torpe paz, Hitler ha convocado a los muertos hacia la existencia recuperada de un nuevo Reich. Va cantando, primero quedamente y después con una fuerza irresistible, el verso de Schiller sobre cada corazón: "El día de los alemanes es la cosecha de todos los tiempos".

El nacionalsocialismo se extiende como una ola. Centristas, socialistas, demócratas, son arrollados por aquella fuerza que nace de los estratos más alejados y profundos de la historia del pueblo alemán. Goebbels, enjuto y pequeño, se atreve con Berlín. Están allí, donde les hemos visto antes, los desgreñados obreros de la industria sin potencia; las manos metidas en los bolsillos de los chaquetones, empujando el arma; torvos, silenciosos, pegados a las paredes de la plaza de Alejandro, deambulando en torno a las estaciones grises del S-Bahn. ¿Qué demonios habla ese hombre? Dan ganas de dispararle y dejarse de una vez de escuchar tonterías. ¿Pero qué dice, Dios? "Con el aliento de los trabajadores, con el respirar fatigoso de los proletarios es con lo que han construido esa inflación que ahora les abruma. ¿Quién ha dicho que son los capitalistas los que sufren las consecuencias de la derrota

con los Cascos de Acero para combatir al Gobierno de Brüning. El periodo presidencial de Hindenburg está ya a punto de concluir y Hitler ofrece al glorioso mariscal su incondicional apoyo; pero la intervención de Brüning rompe la posibilidad de un acuerdo, y a la lucha electoral se presentan frente a Hindenburg los candidatos Hitler, Düstenberg y Thammann. Triunfa el mariscal, y Hitler obtiene más de once millones de votos.

Empero la sangre ha escrito ya toda su experiencia, y la subida al Poder de von Papen abre más posibilidades todavía al nacionalsocialismo. Se rompe el "Frente de Harzburg", pero la desertión de los Cascos de Acero no detiene el ritmo ascensional del triunfo. Es derrotado von Papen en un Reichstag que ya preside el capitán Goering. Se hace cargo de la Cancillería von Schleicher, el "general socialista", y por unos días parece que el Movimiento nacionalsocialista ha terminado para siempre. Es tarde ya para los enemigos y, de repente, el día 30 de enero de 1933, la radio alemana comunica lo siguiente: "El Presidente, von Hindenburg, aceptó la renuncia del Canciller general, von Schleicher, y pidió a Hitler que organizara el nuevo Ministerio." Catorce años de lucha y de sangre



Hitler preside una de las históricas sesiones del Reichstag

suya? ¿Como si, al fin y al cabo, no fuéramos los trabajadores los que tenemos que soportar todas las catástrofes económicas? Creedme, nosotros no tenemos más que la Patria, y si ella nos falta nos falta todo." Las manos nerviosas sueltan la pistola al fondo de los bolsillos, porque una palpación nueva les hace soñar con los fusiles que una jornada trágica quedaron amontonados a merced de la derrota.

Es aceptado el artilugio electoral como sistema de lucha hacia el Poder. El poderío nacionalsocialista tiene extensión nacional suficiente para aguantar todas las restas que el recuento de votos democrático quiera hacerle en la hora de escuchar a la "opinión nacional". Elecciones sobre elecciones y triunfos incrementados a cada nuevo paso. En enero de 1931 el Partido logra hacerse dueño del Estado de Turingia y domina, por vez primera, la administración de un Estado alemán. En octubre, Hindenburg recibe al Caudillo nacionalsocialista para conocer las razones del Movimiento triunfante y le pide que se lleve la acción con la mayor serenidad, pues las calles alemanas se ensangrientan cada jornada.

En una reunión gigantesca celebrada en Harzburg, las tropas de Hitler se unen

han llamado a la puerta de la Historia y el pueblo alemán ha encontrado su camino. El verso de Schiller es ya una entusiasta consigna en el alma entera de Alemania: "El día de los alemanes es la cosecha de todos los tiempos."

EIN REICH

Hitler, ante el micrófono, proclama frente al pueblo alemán la existencia sobre las tierras y sobre los mares de Alemania de una nueva y vieja bandera. Otra vez el negro, blanco y rojo del pabellón imperial, con la cruz esvástica sobre el fondo, encienden la emoción de los alemanes como una conseguida esperanza. Los colores que parecían hundirse entre el barro y los escombros del Somme han surgido luminosamente hacia el porvenir alemán, y hasta la derrota se alza tan lejana que nadie quiere acordarse de ella.

Como una arcilla moldeable todo el sino alemán se ha posado en las manos de Hitler y una aurora se levanta ante los ojos fatigados de tanta miseria. Va a abrirse el nuevo Reichstag y Hitler ordena que la conmemoración encuentre un cobijo histórico excepcional en la Iglesia de la Guarnición de Potsdam, y allí donde reposan los restos de

Federico el Grande, la revolución que ha superado tantas etapas sangrientas, ha de jurar su devoción al destino germano. Ya casi no existe el marxismo; huyen sus jefes desfavoridamente al extranjero, y las cenizas del Rey Sargento, desde las piedras de Potsdam, esperan el balance y la promesa de la nueva generación alemana.

Habían sido la iglesia de San Pablo, de Frankfurt; la Sala de los Espejos, de Versalles, y el salón del trono del Palacio Imperial de Berlín los lugares escogidos por los monarcas alemanes para exigir el juramento de los hombres que habían de representar al pueblo alemán. Hitler elige la iglesia de la Guarnición, de Potsdam. Es una enorme cúpula, alzada en medio de una ciudad llena de grises cuarteles, de piedra, con patios inmensos donde el paso tiene resonancias de ejercicio militar. Aquel día, los demacrados rostros que vivieron los catorce años de miseria y de infelicidad, parecen haber surgido a una primavera intacta.

En la iglesia de San Nicolás se celebra el oficio de acción de gracias. Canta el coro el salmo "Agradecemos al Señor de todo corazón", y la ceremonia termina con el himno "Despierta, Alemania". Los católicos celebran, al mismo tiempo, su Tedéum en la iglesia de San Pedro y San Pablo. El viejo y glorioso mariscal entra, acompañado de su hijo, en la iglesia de San Nicolás.

Habla el Führer después de unas brevísimas palabras de Hindenburg. Frases cortantes y duras como trillazos. No quiere engañar a nadie. "La herencia que recibimos es pavorosa. Durante catorce años, los partidos de la decadencia humillaron y disgregaron al pueblo alemán. A nuestro frente se encuentra hoy una anciana y gloriosa cabeza. Nos ponemos firmes ante usted, mariscal." El Kronprinz Guillermo y el mariscal von Mackensen, viejo y duro como una encina, se ponen de pie.

Desde Königsberg a Sttugart, desde Aachen a Breslau, toda Alemania celebra el entronque del III Reich con el esplendor auténtico y la gloria inmarcescible del pasado. Es el toque de llamada a la gran obra cuyas consecuciones prácticas hemos tenido que palpar con todos los sentidos a estas alturas del tiempo. Va a entrar la revolución en sus caminos soñados a lo largo de tantos días de lucha. Agazapados en sus posiciones tradicionales, los enemigos menos valerosos se aprestan a evitar la mutación orgánica de todo el sistema cruel emanado de la derrota. Pronto, los profundos efectos de una doctrina van a ser comprobados en toda la estructura social, económica y política del Tercer Reich. Ha pasado el tiempo—catorce años—rompiendo las vidas militantes en las aristas de la infelicidad social más espantosa, pero todavía aquellos 25 puntos de Munich, elaborados en 1920, tienen una fecunda y fresca vigencia. ¿Qué es lo que va a intentar revolucionariamente el nuevo Estado? Si reducimos todo el extenso doctrinario a una síntesis elementalísima nada más —ni nada menos que lo siguiente: Derecho de todos los pueblos (Völkerrecht), honor nacional, defensa nacional, armonía entre el derecho y la moral, y teoría y práctica de los pactos bilaterales.

De cómo ha sido conseguida aquella prístina ilusión, ensangrentada por la lucha—"Ein Volk, ein Reich, ein Führer"—, nos dice más la vertiginosa actualidad de cada hora presente que todos los comentarios. Sólo hemos querido decir que el pueblo alemán ha sabido superar el lapso más implacable que la Historia ha decidido lanzar sobre una patria. De la lección que su ejemplo entrega a las generaciones juveniles de la tierra "para la cosecha universal de todos los tiempos", se deben sacar consecuencias prácticas para la ilusión y el sacrificio de cada hombre de Europa.

Ismael HERRAIZ

PRECISAMOS

Agentes Productores de Publicidad muy activos y competentes, con referencias primer orden. Situación de gran porvenir. Escribid: Apartado 4.082. Madrid

CONVICCIONES SOBRE LA ALEMANIA ACTUAL

Por GIMENEZ CABALLERO

VENGO de una larga y ansiosa peregrinación por la Europa guerrera—sobre todo por Alemania y camino de Rusia—. Un viaje apasionadísimo y personal. Dejé que sólo es, quizá, paréntesis desasosegado: esta reclusión en mi rincón español y habitual de trabajo, dentro de un recatado y disciplinado silencio.

Hoy se me invita—por quien puede—a romper este silencio hablando de mis IMPRESIONES sobre la ACTUAL ALEMANIA.

—¿Impresiones? Ninguna. Sobre Alemania no traigo impresiones.

—Entonces ¿qué?

—Convicciones!

—¿Y cuáles son tus convicciones sobre la Alemania actual?

—Tres. La convicción sobre su unidad, la de su grandeza y la de su libertad.

Pero permitidme que suspendamos esta forma de diálogo que tiene toda la apariencia de un género detestable, liberal, reportajista y anglosajón: la "interview".

¡Ah si se pudiese hablar al pueblo con telegramas cifrados como hacen entre sí las Cancillerías!... ¿Y por qué no probar?

Querido pueblo de España: ¿Queréis saber algo sobre la unidad, la grandeza y la libertad de la Alemania actual? Pues descifra tres mensajes que voy a lanzarte en tres lenguas diferentes. Uno, en latín, sobre la Unidad del Estado. Otro, en español, sobre la Grandeza de la Casa de Austria. Y otro, en florentino, sobre la Libertad de un pueblo.

I. LA UNIDAD DE ALEMANIA O EL MENSAJE ROMANO

"Saluberrimum in administratione magnarum rerum est summam imperii apud unum esse."

(Tito Livio).

Querido pueblo mío: el descifrar ese mensaje no es muy difícil. Pero el ponerlo en práctica por el pueblo alemán resultó un milenario fracaso hasta la llegada de Hitler al Poder. "El secreto de un Estado para realizar grandes cosas está en reducirlas todas a un mando único."

La historia de Alemania—hasta Hitler—podría resumirse en la serie de fallos por cumplir esa consigna de Roma.

Los enemigos de Alemania han venido siempre negando la posibilidad para alcanzar Unidad. Alegando que Alemania es "ilimitable", sin confines precisos, con vagos bordes nacionales. Teniendo al pueblo alemán por un pueblo eruptivo, irruento, capaz de emigrar, invadir, de racear territorios nuevos. Pero agotándose, al fin, como las olas sobre las playas: el humo sobre el cielo. Como la lluvia sobre el río.

Y sin embargo, ¿qué otro pueblo en Europa mejor que el alemán para entender el mensaje latino de Livio?

El núcleo germánico de Europa siempre será el símbolo de toda posibilidad unitaria continental. Así como el núcleo anglosajón lo será siempre de toda destrucción en nuestro continente. Lo cual es bien sencillo de comprender: Inglaterra vive en una isla, y, si no reduce a islotes, a feudos, a estatutos o fueros locales toda Europa, Inglaterra perece. Por eso, la inventora del feudalismo en Europa no fué Alemania, como han afirmado algunos mlopes, sino Inglaterra. Hasta el punto, que hoy sólo lucha Inglaterra por reducir Europa a porciones feudales y medievales. Es decir: por hacer polvo el sueño continental y renacentista (y eterno de la unidad romanogermánica. Del Eje Roma-Berlin).

Para lograr tal pulverización, los enemigos de Alemania la empujaron siempre contra Roma. Porque sabían que, enfrentando esos dos genios complementarios de la unidad europea y universal, nuestro continente no podía ofrecer resistencia a los isleños o periféricos de Europa: se llamaban normandos, eslavos, holandeses o ingleses. Y sobre todo: judíos. Ya que el judío es el típico hombre sin patria, sin unidad terrícola, implacable contra toda patria común y unitaria.

La Edad Media (edad de paréntesis) fué el triunfo de la anti-Roma y de la anti-Germania. Aunque voces y esfuerzos sublimes clamaron y pugraron durante



Hitler, Mussolini y Goering

siglos por un Renacimiento del Eje. Desde nuestro San Isidoro hasta Dante, Petrarca, Cola de Rienzo, Bonifacio VIII, César Borja. Pero—frente a esa noble empresa—siempre hubo un judío, un francés, un anglosajón, un guelfo para impedirlo. Unas veces se empujaba al Emperador contra el Papa. Otras, al Papa contra el Emperador. Sólo así fué posible la tragedia de la Reforma: cuando más cerca estaba el logro de la unidad renacentista (católica e imperial), bajo nuestro Carlos V.

Precisamente, hoy, donde el enemigo pretende batir a Alemania es ahí: partiéndola por el Eje. Pero nunca ha tenido Alemania más conciencia que actualmente de lo que significa el complemento del ideal romano. (Y de lo que puede significar, en su día, el sucedáneo español.)

...

Ya desde que se entra en la Alemania actual por Munich—la Puerta de la Unidad—se advierte hasta qué punto la consigna de Tito Livio ha ido modelando el nuevo cielo, el nuevo sol, la nueva arquitectura, la nueva liturgia política del Nacionalsocialismo. El bronce romano de Tito Livio se adivina en los ademanes sobrios, cesáreos del hombre de Munich: Adolfo Hitler, todo mesura y antirromanticismo. Fíjese intérprete de otro aforismo clásico: "el énfasis en el gesto es contrario a toda verdadera grandeza", Hitler es de sencillez bronceada.

Hitler nació en esa zona—aria y suprema—donde la Europa medieval recogió en divinas dinastías la lección unitaria de Roma. Para mí el arianismo podrá tener los orígenes prehistóricos que gusten: en la India o en Groenlandia. Mi convicción es que lo ario—como fermento creador de Casas Imperiales en el mundo moderno—tiene su sede en esa paridera alpina: en esos viveros de nieve, sol, edelweiss, lagos, ciémas, cumbres so-

litarias, mayestáticas: de donde bajaron a las llanuras los mantos de armiño más ambiciosos de la Historia.

La Puerta de la Unidad—la puerta de Tito Livio en Alemania—es Austria, Baviera. Es ese Munich adorable: donde siempre vuelve a reír la primavera del Sur, donde se cumple la voz profética del filósofo: "Sed meridionales para tener fe!" Donde la vida ingenua energicamente dice: ¡Sí! Donde la política nacionalsocialista nació en mangas de camisa. Y donde su cruz dinámica, solar, comenzó a girar con marcia de rueda y de legión. Y existen plazas, tribunas, mármol y palomas nobles como la nieve del alpe: con reflejos azules de cielo puro.

II. LA GRANDEZA DE ALEMANIA O EL MENSAJE ESPAÑOL

"Al fin sin más defensa y resistencia dentro de San Quintín quedó alojado. Con la llave de Francia ya en la mano hasta París abierto el paso llano." (Ercilla. La Araucana. Canto XVIII)

Si la Puerta de la Unidad en la Alemania actual está por la linde austro-bavara: la Puerta de su Grandeza está por el Rin. Hacia Flandes, hacia Francia, hacia el Canal de la Mancha, hacia el Norte.

El alemán que hoy vemos—triunfal—en Gante, en Amsterdam, en Dunkerque, en Colmar, en Bretaña, en Noruega, en el Garona, no es más que la consecuencia de la Casa Parda de Munich: el manto de armiño de un cetro único arrastrando sus vuelos por Europa. Al llegar a la Estación del Este en París (la de Alsacia y Lorena), lo primero que se ven son soldados germánicos—bien escogidos de raza—haciendo guardia bajo inscripciones góticas: "Offizier Bekanntmachung" - "Luftschutzraum" - "Kommandantur".

La Grandeza de Alemania la he vis-

to no sólo en sus expansiones guerreras, sino en el núcleo social que ha hecho posible esas expansiones: en el Frente de Trabajo, en el obrero que funde aceros, en el campesino que cosecha patatas, en el profesor que enciende el alma del niño, en el funcionario que lubrica con su puntualidad servicial la marcha del Estado, en la mujer que revisa billetes en el tren y en la que tiene hijo tras hijo con conciencia de ofrecerlos al sacrificio salvador de la patria.

La Grandeza de la nueva Alemania está en haber sabido—junto a las lejanas conquistas—volver a la genuinidad del hogar como predicara el poeta Stefan George: "Kehr in die heilige Heimat. Findst ursprünglichen Boden..." ("Vuelve al santo genio de tu hogar. Busca tu tierra originaria...")

III. LA LIBERTAD DE ALEMANIA O EL MENSAJE FLORENTINO

"Non si maneggiò mai cose grandi senza pericolo."

Maquiavelo (Legaz. III).

Finalmente: la Puerta de la Libertad en la Alemania de hoy hay que verla hacia el Este. Está en el umbral báltico y polaco: ante Rusia.

Allí Alemania procura cumplir los fundamentales aforismos de su profeta: "Edifica tus casas al borde del abismo." "Porque sólo el vivir en peligro te hará gozar lo que es la existencia." "Y sólo a fuerza de dolor lograrás libertar tu genio y el de tu pueblo."

Hölderlin había complementado estas sabidurías supremas con esta otra, estolice y digna de Roma: "No temas nada. Y bendice todo cuanto sucede."

Alemania—frente a Rusia y a fuerza de dolor, de sangre y de nieve—va logrando abrir la Puerta de su Libertad, por siglos tabicada en el Este. Allí está su pan y su bendición, su hierro, su carbón, sus saltos de agua: su alegría y su salvación. Su posibilidad de volverse hacia el Oeste de un salto. Y de no morir. Sigfredo asesinado por algún Hagen que le clavó el dardo por la espalda.

¿Qué cosa es la Libertad?—exclamó un día el profeta del Nacionalsocialismo—

"Libertad es responsabilidad personal. Hacerse indiferente a la fatiga, a la privación incluso de la vida. Es estar pronto a sacrificar hombres por su causa, empezando por sí mismo. Libertad significa que los instintos viriles—los que se nutren de guerra y victoria—prevalezcan sobre los otros instintos más débiles y femeninos, y, en especial, sobre el instinto de felicidad."

La Libertad es lo contrario de la felicidad, del confort, de la pacificación de los espíritus y de los vientres.

"La Libertad—afirmó Mussolini—es una conquista. No una igualdad ni un privilegio." "Por eso serán siempre pocos—héroes o santos—los que sacrifiquen su propia Libertad ante el altar del Estado."

La Libertad de la nueva Alemania es la consigna, abnegada y mística, que Hitler impuso sobre su propia cabeza: "Nada para mí. Todo para el pueblo."

IV. CONVICCION DE SANGRE

Pueblo mío:

Alemania cree y lucha en silencio por su Unidad, su Grandeza y su Libertad.

Así lucha Italia. Así el Japón. Así también nosotros, las victoriosas y decididas falanges españolas que tenemos conciencia tradicional y actual del genio de España.

Pero bien entendido: ¡oh Europa y gentes del orbe!—que estas respectivas unidades, Grandezas y Libertades nuestras no se oponen entre sí. Todas van dirigidas hacia una nueva y superior categoría de Unidad, Grandeza y Libertad del mundo. Hacia eso que se llama un "Orden Nuevo". Hacia eso que—yo español—llamé hace años: "la nueva Catolicidad del mundo". Y en la que España tiene, quizá, por misión, decir la última palabra. Ya que dijo la primera con su sangre.

Revolución germánica Revolución latina

(Viene de la página 10)

tada a un desarrollo interno del individuo, sino que ha de llegar a constituir un proceso interior de todo el ámbito en el cual se lleva a cabo. Lo puramente político queda siempre en la superficie. Sin la necesidad de pugnar contra la situación forzada producida por la posición central de Alemania, el 30 de enero hubiera sido inconcebible. Sin atacar la "vida cómoda" de la esfera mediterránea, la obra de Mussolini no tendría sentido. Pero las fuerzas hostiles que la renovación española ha de combatir están, desde luego, mucho más arraigadas que en ningún otro sitio en fundamentos geográficos, climatológicos e históricos. Poderosamente actúan sobre la Península tres grandes corrientes: atlántica continental y mediterránea, sin dejarla reposar. En los duros contrastes del clima y del paisaje se manifiestan las energías antagónicas que constituyen la ley de la vida castellana. En un país donde se dejan sentir semejantes tensiones contrapuestas, la revolución tiene que tropezar necesariamente con múltiples obstáculos. Pero, ¿qué otra cosa son estas tensiones sino una acumulación de aquellos choques externos que el observador superficial se inclina fácilmente a confundir con síntomas de rebelión? Sólo cuando se consigue superar estos fenómenos mecánicos, sólo cuando la renovación nacional hace entrar en caja a las tendencias oposicionistas del país, es cuando comienza la verdadera revolución. De este modo veremos que se nos entienda cuando decimos que en España estamos presenciando un espectáculo impresionante. Sólo aquel movimiento que pone en tela de juicio todos los valores hasta ahora vigentes—incluso los de la Geografía y la Geofísica—puede

esperar ser verdaderamente revolucionario. Sabemos muy bien que esta aspiración al totalitarismo, que trata de fundir en uno a lo real y a lo ideal, no corresponde en todo a aquellas leyes de la claridad románica que, como polo opuesto a lo fáustico, sabe mantener separados los mundos de lo terreno y de lo irracional.

Por otra parte, sin embargo, precisamente en el ámbito ibérico no puede menospreciarse la potencia de aquellas fuerzas irracionales que aquí, desde el más temprano albor de la época de la técnica, se han manifestado contra el materialismo de pobre fantasía. En lucha contra la fría "ratio" de un mundo mercantilizado, las revoluciones modernas han asumido la herencia de aquel universalismo español por el cual lucharon un día españoles y alemanes en los Ejércitos de Carlos V. Desde el campo de batalla de Muehlberg hasta los de las estepas rusas va una línea recta que, arrancando de la idea cristiana del Estado que tenía el Emperador, llega hasta los Estados nacionales de tipo social del presente. Nunca fueron los intereses materiales, sino las ideas extratemporales, las que siempre movieron a españoles y alemanes a luchar en común. A algo más que a una casualidad hay que atribuir el hecho de que precisamente los dos pueblos occidentales que más tenazmente tienen que luchar con la exuberancia de sus problemas espirituales, sean los que siempre encuentran el camino de aproximación mutua cuando se trata de defender un alto ideal. Y de este modo, vemos que los viejos puentes de comprensión recíproca que ponen en comunicación a dos regiones opuestas del Occidente siguen siendo transitables, hoy como ayer.

H. BARTH

Servir al tráfico en todas sus formas:
por tierra, por agua, por aire...

Esa es la idea que desde hace más de sesenta años inspira a la Casa

Orenstein y Koppel-Arthur Koppel, S. A.

Carriles - Vías portátiles - Vagones y vagones F. C. - Locomotoras a vapor y a motor - Palas mecánicas - Excavadoras - Apisonadores - Automotores - Tranvías - Señales luminosas de tráfico - Tractores



"MANNHEIM"

Compañía Anónima Alemana de Seguros
Fundada en el año 1879
Establecida en España desde 1882

DIRECCION GENERAL PARA ESPAÑA:
H. GEBHARD - Madrid,
Avenida José Antonio, 11
Teléfonos 12833 y 12834

DIRECCION TELEGRAFICA:
ALEMANORTE
= DIRECCION POSTAL: =
= Apartado 568 =

Transportes marítimos
y terrestres, cascos de
buques, incendios, cosechas, incendio y robo
combinado, accidentes
individuales
y automóviles

PARA SEGUROS DE TODAS CLASES CONSULTE A
Gebhard y Compañía
"Oficina Técnica de Seguros"

Capital social desembolsado: 500.000 pesetas
Hecho el depósito que marca la ley

OFICINAS CENTRALES:
MADRID - Avda. José Antonio, 11
(Antes C. Peñalver, 12)
Telegramas: GEBHARD - Apartado 568
Teléfonos 12834 y 12833

Cuarenta años de experiencia en España
y referencias de primer orden
es la garantía que ofrecemos
a nuestros clientes

Nuestra gestión y asesoramiento,
desde el principio hasta el final
del seguro, son completamente
gratuitos

Confiándonos sus seguros se
convencerá de que nuestro
servicio es completo



Dolores de cabeza

tienen el más diverso origen. Pueden ser una manifestación de enfermedades generales, sólo determinadas por el médico, así como la consecuencia de una irritabilidad nerviosa, aumentada por un exceso de trabajo, o por los sufrimientos periódicos femeninos.

Sepa Vd. que Veramón hace desaparecer dolores de cabeza, sin atacar al corazón y sin causar cansancio o sensación de calor.

Envases originales Tubos de 10 y 20 tabletas.

Sobres de 2 tabletas de 0,4 gramos

VERAMON

Schering

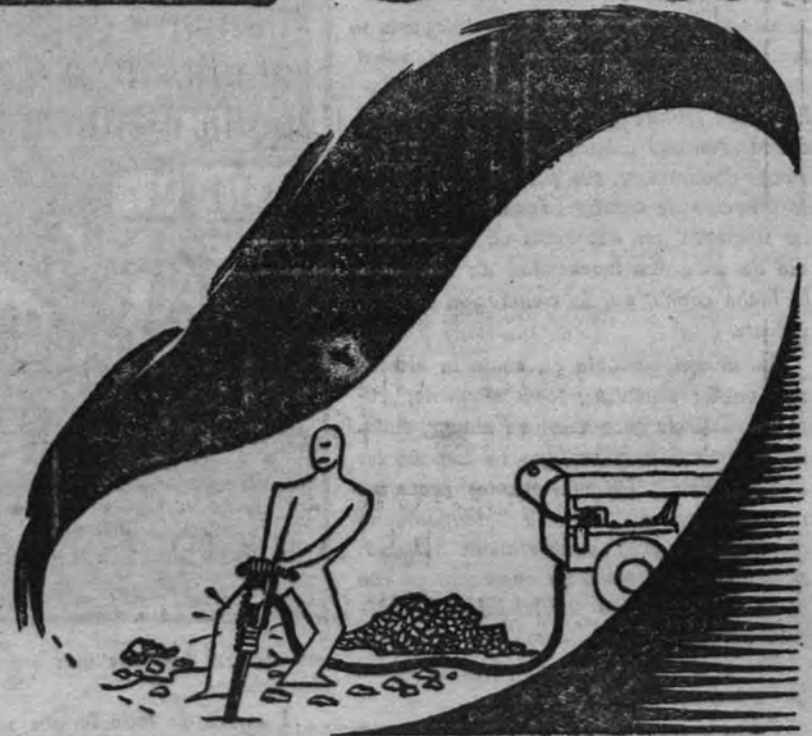
Aprobado por la Censura Sanitaria número 215.



Flottmann S.A.



LÓPEZ-REIZ-042



Compresores de aire herramientas neumáticas

JORGE JUAN 51 • MADRID • TELEFONO 51213

Telegramas: ELOTTMANN Madrid

JOSE ANTONIO Y EL MOVIMIENTO EUROPEO

Por ANTONIO RIAÑO



sa de una civilización contra el enemigo común: el marxismo.

En este camino, nuestros mejores se esforzaron siempre por hacer asequible al entendimiento español las razones alemanas frente a un mundo egoísta y sordo organizado por Versalles, y el peculiarísimo sentido y alcance de la revolución nacionalsocialista. José Antonio veía muy claro el camino y sabía dónde estaba la posición precisa de España con respecto a Europa; así pudo decir en determinadas declaraciones a la Prensa: "Va caducando la idea democrática de la Sociedad de Naciones y el mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de ellas."

José Antonio va a Alemania a conocer directamente las realizaciones y el aire de la revolución alemana, y allí dialoga con

mo fundamento del valor de una raza", y en otro lugar: "El hombre alemán, al despertar, ha descubierto a su lado a otros alemanes como realidad firme en la que poder confiar."

Juan Aparicio, en 1931, decía en "La Conquista del Estado": "La medula del éxito cercano de Hitler llega a las raíces del Walthala; la juventud tudesca se salvará sin duda gracias a su voluntad de salvar su sangre y su destino." Que es lo mismo de salvar el destino de su sangre, de su raza. La sangre alemana. Alemania, al volverse sobre sí misma, se encuentra con su propia sangre, que es lo mejor de su Historia.

Ramiro Ledesma, por su formación filosófica previa y por la claridad matemática de su cabeza, contribuyó—sobre todo en el "Discurso a las juventudes de Es-

cia victoriosa, puede leerse, en su "Ventana al Mundo", la sección donde día a día iban perfilándose agudamente los designios de la política exterior de España, este afán de comprender y hacer comprender, afirmándolas, las razones del gran pueblo germano frente al caduco artificio de la Europa ginebrina de la que nosotros, como españoles, nada esperábamos como no fuese su urgente liquidación.

"Alemania, ya despierta en el honor y la dignidad por el clarín nacionalsocialista, se pone en pie para derribar de un manotazo el afrentoso Tratado de Versalles", se decía en 1935.

"Clave y centinela de Europa" la llamó entonces José Antonio. Y es que el fascismo, el nacionalsocialismo, el falangismo, tienen de común, además de la actitud metafísica originaria de que hablábamos, un rasgo perfectamente pronunciado: su oposición al marxismo. Porque sólo nosotros hemos venido a la vida política con la tarea de aniquilarle, haciéndole a la vez innecesario e imposible, "arrancándole su razón de ser". Necesariamente, pues, nuestra política falangista, española, habría de hallarse al lado del pueblo "clave y centinela de Europa". La Falange tuvo siempre este certero entendimiento del fenómeno alemán en sus raíces más hondas, y tuvo también, por qué no decirlo, un alto ejemplo en la potencia alemana, entendiendo aquí por potencia lo que entendían los escolásticos: capacidad de adquirir o realizar una perfección.

Alemania, en el trance de nuestra guerra de liberación, comprendió en seguida que aquí no se trataba de una guerra civil, sino que se ventilaba una empresa europea. De aquí su presencia a nuestro lado, porque la empresa era y es común a ambos pueblos. La lucha que hoy mantiene Europa empezó entonces.

España está en Europa y España tiene una misión europea que cumplir y tiene que salvarse con Europa, puesto que fué capaz de salvar a Europa. Un alemán, Leopoldo von Ranke, recuerda que en "la alta ocasión" de Lepanto, España salvó el porvenir de Occidente. También dimos por él nuestra sangre en 1936, y las avanzadas de nuestra mejor juventud forman apretadas con los pueblos de Europa en los Ejércitos de la Cristiandad que han de aniquilar para siempre al enemigo común. Nosotros, como españoles, y con los ojos y el alma puestos en el destino de la Patria, queremos que nuestra presencia en la edificación de una Europa más justa y donde el destino español se realice cumplidamente, vaya tan lejos como lo pidan nuestro coraje y nuestro entendimiento.



Es evidente que nuestra generación, la de la Falange, se siente hoy al lado de Alemania en la lucha entablada. Los más afortunados de ella viven hoy en el seno de los Ejércitos del Reich en ese gigantesco frente de Europa. Todos los demás seguimos apasionadamente la contienda con ojos y corazón puestos en la causa de Europa. También, y en el duro trance universal de nuestra guerra, soldados alemanes vivieron en el seno de los Ejércitos de Franco. Esta doble camaradería de armas, el hecho de que una parte de nuestra mejor juventud durante la guerra de España se formase militarmente al compás que cantaba el "Yo tenía un camarada", o hacía seguir la canción de la Falange con las notas reposadas y densas del "Horst Wessel", ha de entenderse como consecuencia de una mutua compenetración. Es decir, que nuestros sentimientos hacia la Alemania nacionalsocialista no se originan en esta camaradería militar, sino que mediante ella se consolidan actitudes previas anteriores a los hechos actuales. Es precisamente el cabal entendimiento por los hombres de la Falange del sentido y de las esencias del nacionalsocialismo como fenómeno alemán de rango universal, y, por parte de Alemania, la intuición de nuestro Movimiento, lo que ha suscitado por dos veces en corto espacio de años esta hermandad de sangre en la lucha común por la civilización de Occidente.

La misión española es, como la alemana, misión universal; concretamente, europea. Cuando nace nuestra Falange, cuando se concretan y perfilan en España los antecedentes y los movimientos precursores, sabemos que nuestro falangismo es nuestro, es decir, peculiarmente hispano, pero que el fenómeno ha aparecido ya con otros nombres y es un fenómeno ecuménico porque obedece, como nos dijo José Antonio, a una actitud universal de vuelta hacia uno mismo.

"Nos dicen—decía José Antonio—que somos imitadores porque este movimiento nuestro, este movimiento de vuelta hacia las entrañas mismas de España es un movimiento que se ha producido antes en otros sitios. Pero, ¿porque Italia y Alemania se hayan vuelto sobre sí mismas y se hayan encontrado a sí mismas, diremos que las imita España?"

Los fundadores y los precursores se encuentran ya, pues, ante ellos con los fenómenos italiano y alemán parejos al español en la actitud originaria de vuelta hacia uno mismo, y también, andando la Historia, en la actitud universal de defer-

uno de sus hombres más representativos: Rosenberg.

A través de todo lo que se ha escrito en las diferentes publicaciones nacionalsindicalistas en los años anteriores a 1936, se descubre siempre la preocupación cordial por interpretar cumplidamente, satisfactoriamente para el entendimiento español, el hecho nacionalsocialista. La revista "J. O. N. S.", el órgano teórico del nacionalsindicalismo, por plumas de diversos camaradas aborda, desde muy pronto, la interpretación de la Alemania de Hitler, especialmente en aquellos aspectos de su doctrina que más extraños podían resultar al ser y al entendimiento español. "Las glorias de la raza—se dijo allí—tienen su razón en la Historia; la Historia, cuando menos, puede tomarse razonablemente co-

paña"—con la más certera interpretación hasta ahora intentada de la revolución alemana.

"Alemania es para el nacionalsocialista un organismo viviente que marcha por la Historia en plena zozobra, acongojada y fuerte, sostenida en todo momento por el espíritu de sacrificio y la vitalidad misma de todos los alemanes." Más adelante: "Hitler, al frente de los destinos de Alemania, al frente de setenta millones de alemanes, escoltado por los dos mitos de la raza y la sangre, es y constituye, sea cual fuere su ulterior futuro, uno de los fenómenos más patéticos, extraordinarios y sorprendentes de la Historia Universal."

A través del semanario "Arriba", del que nuestro periódico actual es consecuen-

